

¡DEVORADOS!

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



RALPH BARBY

¡DEVORADOS!

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n."
693 Publicación semanal

EDITORIAL
BRUGUERA,
5. A.
BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO

ISBN
8402
—
02525
—
0
Depósito legal: B. 35.463—1983
Impreso en España — Printed in Spain
colección en España: diciembre, 1983
lección en América' junio,
2.ª
edición
en
esta
2.'
edición
en esta
colección
1984

—
1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N 152, Km 21,650) Barcelona — 1983

CAPITULO PRIMERO

No se podía negar que la base Ciudad Lunar estaba bien acondicionada. Había sido totalmente construida en un cráter del satélite de unos dos kilómetros de diámetro por medio de profundidad. Dicho cráter, antes de ser elegido por el Comité Mundial del Espacio, habla sido estudiado concienzudamente, de ello hacía ya varias décadas.

Una bóveda de cristal de diez pulgadas de espesor, en pedazos rectangulares de no menos de cien metros cuadrados cada uno, formaban un techo impresionante que sujetaba con firmeza la atmósfera artificial creada en base Ciudad Lunar. Dicha bóveda rompía los peligrosos y duros rayos solares sin tamizar por atmósfera alguna, filtrándolos y dividiéndolos en miríadas de rayos difusos que daban una luz semejante a la recibida, por ejemplo, en Miami Beach o la Costa del Sol .española.

Los quinientos metros de profundidad se habían dividido en pisos, dejando el más bajo y profundo para la instalación de energía atómica que daba vida a la base.

La nave «Crow O1», pilotada por el experto y popular Ian Parrish, antes de conectar el automático de alunizaje retropropulsivo en vertical, comunicó por su micrófono interior:

—Hemos llegado de retorno a base Ciudad Lunar. Espero que el viaje haya sido de su agrado.

Se escucharon unos leves comentarios entre los turistas de t

bordo, la mayoría de ellos millonarios, pues no resultaba barato costear aquellos periplos turísticos en derredor de la :,una, visitando los principales cráteres y monumentos a los primeros hombres que habían puesto su pie en el astro, en especial el monumento en el Mar de la Tranquilidad a Neil Armstrong.

La nave cono—cilíndrica (un modelo especial construido por el propio Ian Parrish uniendo partes de naves rescatadas del espacio, lo que había abaratado su

construcción) tenía la particularídad de que lo mismo podía pilotarse en planetas sin atmósfera que en planetas con atmósfera como la Tierra y Marte. Su sistema de entrada en la atmósfera era atrevido. Su morro era de un acero aleado con diamantes y recubierto de puro zafiro selenita que soportaba elevadísimas temperaturas. De este modo, el morro penetraba en la atmósfera en dirección oblicua y descendía a vertiginosa velocidad decelerando hasta hallar la velocidad apropiada para entrar en un corredor aéreo normal, buscando luego un aeropuerto que le sirviera.

La astronave «Crow O1» alunizó perfectamente sobre unos grandes raíles por los cuales se deslizó internándose en el macrohangar que se introducía en el planeta a un kilómetro escaso del cráter en el que se ubicaba la base Ciudad Lunar.

El hangar estaba iluminado a la perfección. Había allí distintos tipos de naves

interplanetarias y ferrys lunares no capacitados para desplazarse a otros planetas, ni siquiera para regresar a la Tierra. Eran ferrys que comunicaban a los mi neros que se hallaban en los más distintos puntos de la Luna.

Las grandes puertas de acero al cromo se cerraron. Aguardaron cinco minutos en la nave antes de que se hubiera creado la atmósfera necesaria para poder vivir los seres humanos. Después, se abrió la compuerta del «Crow O1» y los turistas, entre grandilocuentes y ampulosos comenta nos. descendieron para trasladarse a su hotel de base Ciudad Lunar. Cuando regresaran a la Tierra tendrían muchas cosas que explicar, muchas maravillas sólo aptas para caprichos millonarios terrestres.

Ian Parrish se desperezó. Estaba aburrido de aquel trabajo, pero prefería trabajar para sí mismo. Aún recordaba las disputas

que había tenido con la Explorer Corporation. Mientras tuviera su nave saldría adelante sin faltarle el dinero; lo

malo era que la compañía de seguros interestelar le había puesto ob jeciones para la renovación de la póliza y él sabía que su nave envejecía poco a poco. Si la póliza no la cubría, tendría que donarla por inservible y se quedarla, como vul — garmente se dice, con las manos en los bolsillos en medio de un planeta hostil, posiblemente sin dinero suficiente para pagarse el regreso a la Tierra. Quizá terminara convirtiéndose en uno de aquellos desesperados mineros que llegaban a la Luna con todos sus ahorros, dispuestos a pagar lo que fuera por una parcela lunar donde cavar en busca de algún metal noble que pudiera enriquecerles, y luego, en los días de asueto, correr a buscar la diversión que en la base lunar se ofrecía a los mineros a un alto precio. Bueno, si aquello llegaba, ya tendría tiempo para pensar una solución.

Bostezó y abandonó la nave y el hangar, dirigiéndose al gran vestíbulo para presentar el repórter del vuelo al destacamento lunar de la policía intermundial.

Ian Parrish no podía quejarse de su suerte entre las mujeres, contribuyendo a ello su elevada estatura, su complexión atlética, su cabello cobrizo siempre despeinado, sus ojos argenta oscuro, quizá de tanto mirar a las estrellas. Su padre había sido uno de los primeros astronautas, uno de los pioneros del espacio y podía decirse que él había nacido mirando al firmamento, quizá se debiera a eso el extraño color de sus pupilas.

De veras no podía quejarse de su éxito con las mujeres y aquella fémina de cabello azabache, con un traje interestelar de fantasía, algo recargado de pedrería, con grandes ojos oscuros y mirada ardiente, labios gruesos y muy carnales que le sonreían, le hizo pensar que era bueno tomarse un descanso entre los viajes de periplo selenita para turistas ricachos y orondos.

—Hum, si no me equivoco, usted es Ian Parrish.

—En efecto. ¿Ha leído el catálogo de viajes turísticos lunares?

—No, acabo de llegar de la Tierra y me gustaría hablar

largamente con un hombre tan interesante como usted. Mi habitación es la 515.

Aquella belleza no se preocupó de esperar respuesta del hombre. Se puso en pie marcando toda su escultural anatomía, en la que cada redondez era una tentación. Onduló sus caderas y se alejó por el gran vestíbulo bajo la luz que penetraba por la bóveda encrístalada, a prueba de proyectiles y meteoritos hasta las tres pulgadas de diámetro.

Un astronauta compañero suyo, piloto de líneas espaciales regulares Tierra — Luna, le palmeó la espalda amigablemente. —¿Otra conquista, Parrish? Diablos, qué suerte la tuya. ¿Cómo te las arreglas?

—Será que soy un tipo independiente. A las mujeres no les gustan los esclavos como tú, que laboran por un sueldo mísero.

—No tan mísero, Parrish. No nos va mal la vida como pilotos regulares; claro que ya sabemos que es mejor ser un explorer. Por cierto, a tu «Crow O1 > > no le queda mucho tiempo de vida. Si las compañías aseguradoras no te extienden una póliza, la policía intermundial del espacio te va a prohibir el despegue y si la desguazas vas a tener que buscar un museo para guardarla.

—Trataré de aprovechar el tiempo que me queda, y si las cosas siguen así, habré de subir los precios a los turistas ricachos para asegurarme la vejez.

—Y pronto llegarás a viejo si sigues con conquistas de ese calibre, Parrish; claro que a mí no me importaría envejecer de golpe en una semana entera con ella.

Otro de los compañeros astronautas, que pertenecía al grupo de *ferrys* interselenitas, se acercó un tanto excitado. —¿Os habéis enterado de lo de Antoine?

Parrish y Hollandson le miraron extrañados.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Parrish, que apreciaba al astronauta galo que había sido su compañero en multitud de viajes.

—Ha muerto.

—¿Cómo? —inquirió Parrish—. Si tenía su nave en reparación...

—¿Algún accidente? —preguntó Hollandson.

—He oído decir que lo han encontrado en su habitación.

Estaba tomando dosis de radiaciones solares difusas para vitaminar la piel, y al parecer, había ingerido un somnífero. En el colmo de la desgracia, el automático del solárium electrónico se ha estropeado. Con deciros que han descubierto lo sucedido porque salía humo por el extractor de renovación de aire viciado. Se ha dado la alarma silenciosa sólo para expertos para impedir el pánico en la base Ciudad Lunar y el computador de control de incendios ha detectado de inmedia to el lugar de origen. Han abierto la habitación de Antoine y allí estaba, achicharrado y sin vida bajo su propia lámpara solar.

—Qué forma tan estúpida de morir un astronauta como él, que en tantas ocasiones ha arriesgado su vida en misiones especiales —se lamentó Hollandson.

Por su parte, Ian Parrish comentó:

—Jamás se sabe dónde hallaremos la muerte. El recién llegado, portador de la noticia, objetó:

—Ya vais quedando pocos de los independientes, Parrish. Ian Parrish admitió:

—Es cierto; de los independientes sólo quedamos cuatro. Omaha Young, Federov, Clyton y yo, y, por lo visto, mi nave ya no tiene mucho tiempo de vida, como dice HoIlandson.

El aludido dijo:

—La verdad es que las grandes compañías están esperando que

los independientes, que sois quienes abaratan los precios, desaparezcáis.

—Sí, claro —admitió Ian Parrish—, para así monopolizar los precios. Todo da asco. Cuando Neil Armstrong puso su pie en la Luna, toda la humanidad creyó que estábamos consiguiendo un mundo mejor, pero ya veis, pasan las décadas y todo sigue igual de mezquino que allá en la Tierra en la era del siglo XX.

Ian Parrish se sentía a disgusto. Tomó el ascensor y descendió a su habitación donde se dio una ducha. Luego subió a la cafetería para tomarse un «water —star» que le caldeara los ánimos y le enfriara el mal humor. El «water—star» no era más que una mezcla de whisky y vodka macerado en unas arenillas selenitas que había descubierto un armenio, haciéndose millonario con la fórmula de su nueva bebida espacial que, después de todo, no estaba nada mal.

En la cafetería lunar vio a varias de sus amiguitas, pero apenas tuvo deseos de dialogar con ellas.

Recordó el rostro de la recién llegada a la base Ciudad Lunar, su opulenta busto y sus bien moldeadas caderas. Se introdujo en el ascensor de descenso. No era la forma más ortodoxa de recordar a Antoine, pero por lo menos se quitaría de encima su mal humor.

«Cinco uno cinco», recordó. La planta en que se hallaban las habitaciones de la centena del medio millar eran las suites más grandes y lujosas. Las más caras, sólo aptas para bolsillos superricos. En el planeta Tierra no existía ninguna habi—

tación, suite ni siquiera palacete que pudiera tener un precio semejante a aquellas suites de base Ciudad Lunar, comprendidas entre la 501 y la 600.

A1 llegar ante la puerta 515 pulsó el botón colocándose frente a la cámara que habría de enviar su imagen al interior para que sus ocupantes decidieran si debían o no franquearle la entrada.

La puerta se abrió y pasó al interior de la estancia. Recordó que ni siquiera conocía el nombre de la morena que le invitara a su alcoba.

—Adelante, Ian —escuchó que le decía la voz femenina, mientras adelantaba en la oscuridad pensando que el contacto de la luz se había estropeado—. Ahora salgo, estoy en el baño.

La puerta se cerró tras Ian Parrish y en aquel instante las lámparas indirectas de titanio—potasio se encendieron iluminando el living de la suite.

Parrish se sorprendió, pero su rostro anguloso no lo demostró.

Ante él, cinco hombres inesperados. Tres de ellos tenían rasgos orientales y uno, a juzgar porque se hallaba sentado en la mejor butaca y su indumentaria recargada, con un dragón tejido en oro en su pecho, le pareció el jefe del grupo.

—Bien venido, señor Parrish —saludó el oriental, que sonreía al mirarle.

—Esto no estaba en el plan.

—Si se refiere a Paula, bueno, ella podrá ser obsequiosa con usted, pero después. Ahora continuará dentro de su baño para que su piel sea más fina y sonrosada.

El asiático hablaba en perfecto inglés. Su voz, al carecer del más ligero acento, no le delataba como un hijo de Oriente. —Bueno, me parece que Paula ha sido el cebo y yo, la presa —comentó Parrish, can sarcasmo, al tiempo que se dejaba caer en uno de los cómodos butacones.

—Es usted un hombre que no se enfada con las mujeres —comentó el oriental, mientras los otros cuatro permanecían en silencio.

Sin duda alguna, eran sus secuaces más fieles que mastines a su amo.

—Es mi forma de ser, pero vayamos al grano. ¿Qué se propone al atraerme hasta aquí?

—En principio, dialogar un poco. Conozco su valor, su tecnicismo, su experiencia en 1a astronáutica y su nave «Crow O1».

—¿Y por qué no hablamos primero de usted? Creo que lo he visto en alguna parte,

—¿A mí? —rió levemente—. Para un occidental, un chino, un japonés, un vietnamita o un coreano, es igual a otro chino, etcétera, etcétera. Todos somos iguales. Después de todo, hay quinientos millones de seres con la piel amarilla y los ojos oblicuos. Debiéramos ser más de mil millones, pero ya ve, la Tercera Guerra Mundial nos redujo a la mitad. Resultó una

masacre de chinos, ¿no cree?

—No está en mi ánimo juzgar una guerra mundial ya finita y que todos deseamos olvidar. Su imperio chino buscó la guerra y los resultados fueron catastróficos para todos. No soy filósofo, sociólogo ni militar, señor Lung.

—Por Confucio, señor Parrish, es usted un excelente fisonomista, además de piloto astronauta.

—Recuerdo que vi su fotografía en un noticiario televisado. No me pregunte la fecha, sólo sé que usted salió y al

guien dijo que Lung era el hombre de piel amarilla más importante de su tiempo.

—En el campo de la industria y las

finanzas —puntualizó Lung,

—Las finanzas y la industria no dejan de ser otro medio de conquistar nuestro mundo en estos tiempos en que los ejércitos son desmantelados. El financiero e

industrial más importante es el que tiene más poder. Incluso obliga a claudicar a pequeños Gobiernos y presiona a los grandes. Creo recordar que a lo largo de la historia, en especial en el siglo XX, soterradamente fueron muchos los industriales y financieros que provocaron guerras en distintas partes del globo, achacándolas después a cuestiones políticas.

—Antes de que nos resultemos antagónicos, hablemos de lo que puede interesarnos a ambos.

Ian Parrish deseó decir a aquel sujeto excesivamente gordo sin un solo cabello en todo el cráneo, cejas ralas y mirada reconcentrada, que le caía mal, muy mal, pero tampoco le caían bien muchos de los turistas que transportaba en su nave y no por ello los echaba a puntapiés.

—¿Cuál es su petición u oferta, Lung?

Aquel oriental, que al estilo de los grandes mandarines chinos, anteriores al sovietismo del siglo XX, llevaba el nombre del dragón mitológico que simbolizaba la nube que concedía lluvia, respondió:

—Sólo queremos contratarle, señor Parrish. —¿Contratarme? ¿Acaso desea efectuar un viaje turístico selenita? Hago precios módicos.

—¿Nos toma por imbéciles turistas? —preguntó Lung,

sonriente y burlón.

—No sé. Si está en esta suite y paga a esa chica que le obedece, tiene escolta y es capaz de llevar ropas carísimas bordadas en oro, imagino que tiene bastante dinero, eso sin pensar en lo importante que es industrialmente y en las finanzas.

—Señor Parrish, sólo quiero contratarle para un largo viaje a usted y a su < cCrow O1».

—Eso no es problema. Fijamos un precio y todo se arreglará.

—Sé que le hace falta dinero, señor Parrish, y es posible que sea dadivoso y obsequioso con usted. Si mi misión sale bien, le abonaré el importe de una nueva nave interplanetaria.

—Diablos, eso es un buen trato. ¿Qué tengo que hacer yo a cambio?

—Nos llevará a Marte. —¿A quiénes?

—A los que estamos aquí.

—Está prohibido ir a Marte, a menos que se tenga un pase especial del Comité Mundial del Espacio. Las órdenes son severísimas.

—Lo sé. Existe un silencio absoluto de ,alto secreto sobre lo que hay en el planeta Marte.

—Y usted está intrigado en averiguarlo, ¿no es eso? ——No, señor Parrish. Sé con exactitud lo que se puede encontrar en Marte.

—Sabe usted mucho, Lung. ¿Y qué es lo que hay allí? —Lo sabrá cuando lleguemos.

—Yo no he dicho que fuera a ir. —¿Tiene miedo?

—No tengo miedo alguno, pero no estoy dispuesto a cometer delito espacial haciendo caso omiso de las estrictas órdenes dictadas por el Comité Mundial del Espacio.

—¿Teme perder su licencia de piloto astronauta?

—Por una parte, sí, y por otra, puedo pelearme con algunas personas, pero no estoy al otro lado de la ley. Si se ha prohibido que ninguna, nave se pose en Marte, por algo será, y si usted pretende arribar allí conociendo algunos datos, me supongo que a través del soborno o la extorsión a funcionarios del Comité Mundial del Espacio, no será precisamente para ayudar a la

humanidad sino a sus propios intereses.

—Exactamente. Sólo quiero llevar allí una gran caja. —¿Una caja? Las cajas sirven para contener objetos. ¿Qué cosa va a introducir en esa caja?

—Lo sabrá a su tiempo, señor Parrish. Por ahora, su curiosidad no puede ser satisfecha.

—Imagino que hay mucho de oscuro en su proyecto,. Lung. Ignoro cuáles son sus planes, pero sospecho que va en contra de toda ley, que sólo busca provecho propio, sea en el sentido de poder o en el terreno económico, y en ese caso no podrá contar conmigo.

Ian Parrish se puso en pie dando por terminada la entrevista. Lung no se movió de su butaca y tampoco lo hicieron los cuatro hombres que le acompañaban y a los cuales Parrish vigilaba con atención.

—No ha entendido bien, señor Parrísh. Le he dicho que le compraré una nave nueva que le permitirá seguir independiente en el futuro. Total, por un viaje de ida y vuelta a Marte.

—Lo siento, Lung. Obtenga un permiso de la comisaría representativa de base

Ciudad Lunar y yo le llevaré a Marte. De lo contrario, no hay trato. Soy un independiente, pero estoy dentro de la ley y no por encima de ella como parece estarlo usted.

—En ese caso, lo lamento por usted, señor Parrish. —Eso suena a amenaza, Lung.

—Comprendo. A1 intrépido Ian Parrish no le gusta que lo amenacen, pero ya ve, he hablado demasiado con usted para contratarlo. Usted se ha puesto terco. Sé que a la larga conseguiría convencerlo, pero...

—Jamás lo conseguirá, Lung —atajó Parrish.

—Ya, se considera usted un hombre íntegro, un hombre honrado consigo mismo. Vamos, vamos, señor Parrish, esa pose ya está caduca en estos tiempos del siglo XXI en que vivimos. En fin, no tengo tiempo que perder y usted ahora es un peligro para mí.

—¿Teme que me presente al coronel de la comisaría del Comité Mundial del

Espacio y le cuente sus planes? —Exactamente, eso temo, y no voy a permitírselo.

—¿Cómo va a impedirlo? ¿Lanzando a sus gorilas contra mí?

—El honorable Lung siempre toma sus medidas preventivas.

Buen viaje, señor
Parrish.

Ian Parrish, el piloto del espacio, escuchó un seco tapona
zo. Después, un aguijonazo en sus riñones. Se revolvió rabioso y en la puerta que conducía al cuarto de baño vio a la morena del vestíbulo.

La espléndida mujer de cabellos azabache, ahora desparramados por su piel desnuda, únicamente cubierta por un minibikini de fantasía que no lograba ocultar sus encantos, tenía en su mano una pequeña pistola de dardos.

Ian Parrish se llevó la mano al riñón.

Se arrancó el dardo, pero éste ya estaba vacío. Su ponzoñoso contenido había pasado al interior de su cuerpo. Quiso dar un paso, pero sus piernas se habían paralizado.

Miró a la mujer y apenas pudo mascullar su nombre. —
Paula...

Notó la parálisis incluso en su mandíbulas. Sus ojos se oscurecieron y lo último que pudo escuchar fue la risita demoníaca de Lung.

CAPITULO
II

Cuando Ian Parrish adquirió conciencia de que vivía, de que no estaba colgado de las barbas de San Pedro, abrió los ojos.

Un fortísimo dolor de cabeza le presionaba las sienes. Movió sus manos para oprimirse el cráneo y aliviar el dolor y pensó que tenía una cabeza enorme, se le había hinchado horriblemente o llevaba el casco de un traje espacial.

Se percató de que, en efecto, vestía su traje espacial y se hallaba sobre una superficie rocosa y hostil. Era noche lunar, pero conocía bien la Luna, y a juzgar por el ligero brillo del horizonte a ras de la curva selene, no tardaría en llegar el día lunar con su elevada temperatura.

Los ojos le escocían y se sentía torpe. El efecto de la droga había pasado, pero le quedaba la resaca.

Trató de recordar qué le habla ocurrido.

«Lung, el maldito chino... La morena me disparó un dardo de

narcóticos, pero yo no tenía el traje espacial puesto. ¿Qué hago aquí, perdido en Dios sabe qué parte de la Luna?»

Se puso en pie trabajosamente y gracias al sexto de gravedad de la Luna, lo consiguió. Sus piernas aún no estaban fuertes. Miró en derredor. Todo aridez, soledad. El desierto del Sahara allá en la Tierra era como un cuento para niños comparado con la hostil soledad del satélite.

«¿Habrá sido todo una pesadilla y el chino y la chica sólo han existido en mi imaginación?»

Era difícil discernir en aquellos instantes lo que era cierto y lo que no .

Miró el firmamento tratando de orientarse. Era un experto piloto y pudo ver el gran disco de la Tierra. Aquello le orientó en parte. Después, fijó su vista en Marte, que se haIlaba casi en su perihelio y en Orión.

Sus pasos tomaron una ruta. Si no se equivocaba, en aquella dirección se hallaba base Ciudad Lunar, pero no habían caminos que seguir; debía de avanzar por entre las rocas, polvo lunar y los cráteres que se hallaban a su paso, desde los microcráteres hasta los macrocráteres que veíase obligado a rodear, pues algunos de ellos eran de notable profundidad, cuando el sol llegó con sus abrasadores rayos sin amortiguar por una atmósfera como la terrestre.

Suspiró al verse dentro del traje espacial. La muerte por asfixia era más o menos rápida, pero la muerte por calor era más larga y terrorífica.

Siguió su avance por la ruta que se había marcado, guiado por la Tierra, Ortón y Marte, cuando comenzó a sudar. El sol le daba de lleno y el calor resultaba abrasivo.

«Diablos, esto es insoportable, y si continúa van a encontrar un traje espacial relleno de agua y no de Ian Parrish.» Para solucionar el problema del calor trató de poner en funcionamiento la refrigeración de su traje espacial, incorpo rada en la mochila, pero por más vueltas que dio a la llave, ésta cedia y cedía. Estaba rota. La refrigeración no funcionaba.

«Por todos los demonios del infierno, esto se pone feo.» Ian Parrish comprendió cuál iba a ser su fin. Sabía de mineros a los que habían ocurrido percances similares con la refrigeración de la

mochila y para no perecer abrasados bajo los doscientos grados Celsius de temperatura, se suicidaban cerrando la válvula del oxígeno lentamente. El cerebro se adormecía y después sobrevenía una muerte suave, sin violencia, pero Ian Parrish no era de los que se suicidaban ante el temor de una muerte atroz.

No era momento de desmontar su traje espacial para tratar de arreglar la refrigeración; sólo quedaba una solución. «Tengo que llegar a base Ciudad Lunar antes de cocerme dentro del traje.»

Inició el avance, primero despacio y después fue adquirien

do velocidad, no en vano era el piloto más experto en la conquista de planetas.

Fue elevándose de altura en los saltos hacia delante, y el avance fue rápido, como si se tratara de un canguro australiano terrestre, pero a cámara lenta.

En aquellos saltos con los que avanzaba gran trecho de espacio lunar, existía el peligro de que al caer tropezara con una roca, perdiera el equilibrio y se rasgara el traje espacial, sobreviniéndole la muerte instantáneamente por falta de aire. Sin embargo, debía de arriesgarse el todo por el todo.

«Cuando no pueda más, me esconderé bajo unas rocas y allí aguardaré hasta enfriarme un poco —se dijo totalmente empapado en sudor—, pero no puedo esperar mucho. No me quedan más que dos horas de oxígeno. Si tuviera provisión de oxígeno podría esperar a la noche y regresar en las sombras frías, quizá la calefacción funcione, pero ¿quién se atreve a probar ahora la calefacción cuando me estoy derritiendo vivo? Si un átomo de grasa me quedaba, quedaría disuelto en esta sauna forzada, formada por el propio vapor de mi cuerpo.»

El calor se hacía más que agobiante. Le daba la impresión de estar metido en una caldera de vapor a toda presión. Incluso el cristal visor se le había enturbiado por su parte interior y no había forma humana de limpiarlo. Dicho cristal rechazaba un margen tolerable de sudor, había sido calculado para ello, pero no para aquel exceso de vapor. Ian Parrish apenas veía y seguía saltando, elevándose a varias decenas de pies de altura para caer nuevamente.

En uno de aquellos saltos, temió ir a parar al interior de alguno de aquellos cráteres lunares que tanto abundaban en la zona, desapareciendo para siempre en su fondo.

Jamás había pensado que nadie pudiera pasar tanto calor como él.

Se detuvo y se escondió en las sombras formadas por una gruta. Allí dentro se enfrió con rapidez y notó que sus botas se llenaban de agua por el vapor licuado.

¿Cuánto habría adelgazado en aquel breve tiempo? No era cuestión de ponerse a calcularlo y sí de tomar un respiro. La sombra de la gruta le benefició tanto que se sintió revivir.

«Empiezo a comprender lo que ocurrió a Antoine... ¿Habrá sido Lung quien le averió el automático? ¿Se negaría Antoine a llevarle a Marte con su nave? ¿Qué se propone Lung en Marte?»

Todas aquellas preguntas quedaron sin respuesta.

Miró el manómetro de presión de oxígeno cuya aguja se acercaba al rojo.

«Puedo escoger entre morir abrasado o por asfixia; sólo me queda la reserva de oxígeno.»

Decidió aferrarse a la vida como fuera. No deseaba que lo hallaran como a Antdine, muerto por avería de su equipo. Sería fácil comprobar que se le había roto la refrigeración, que había pasado excesivo calor sudando y licuando el sudor y que en su intento de no morir asfixiado había consumido todo el oxigeno. Un asesinato selenita perfecto. La comisaría de policía mundial del espacio no tendría problemas, todo se reduciría a su autopsia por los médicos especialistas, y su ,aso se archivaría para engrosar el volumen de experiencias de muertes en la Luna.

Salió de la gruta.

Afuera, de nuevo aquel horrible calor.

Sabía que al correr consumía más oxígeno que en sus movimientos lentos, pero tenía que llegar a alguna parte.

«¿Me faltará mucho para llegar a base Ciudad Lunar?» Era mu y difícil averiguar a qué distancia le habían dejado los hombres de Lung, si es que los hombres de Lung y el propio Lung no eran una pesadilla de su mente confusa por el calor.

En los últimos restos de lucidez, Ian Parrish temió que para librarse de la abrasión cometiera la barbaridad de arrancarse el traje. Entonces, a la descompresión se uniría la asfixia por falta de aire e incluso la abrasión de su cuerpo por la acción directa de los rayos solares. Un pollo asado al horno quedaría mucho más presentable que él cuando lo hallaran.

Comenzó a sudar nuevamente. El calor era agobiante, el oxígeno escaseaba y él daba saltos y saltos, controlando apenas su cuerpo, temiendo que de un instante a otro se estrellara contra una roca.

E1 cristal de su escafandra volvió a enturbiarse y su radio no funcionaba. De pronto, a lo lejos, le pareció ver brillar algo rojo que se movía. ¿Serían las pesadillas que precedían. a la muerte,

imaginaría grandes monstruos extraterrestres que querían devorarlo? .

La aguja del manómetro se pegó al tope final. Su reserva¡ de oxígeno ya era nula, sólo unas bocanadas de aire. Sus' piernas y brazos dejaron de obedecerle.

Abrasado, falto de oxígeno en una tortura total, Ian Parrish se derrumbó sobre un mar de finísimo polvo que se elevó a su alrededor al caer, impidiendo que se matara o l rompiera su traje.

Cuando volvió a abrir los ojos se hallaba en una cámara de oxigenación, revitalización de la epidermis y regulación de la presión osmótica. Accidentes de aquel tipo se hablan previsto y la ingeniería médica había construido las cámaras de recuperación.

—Se ha salvado de una buena, Parrish. ¿Cómo se le ha ocurrido salir a dar un paseo por el exterior lunar con la refrigeración descompuesta? Incluso agotó el oxígeno de los tanques.

Tras el plástico que le aislaba del exterior, Parrish sonrió y respondió:

—Doc, créame que no tenía ningún deseo de salir a pasear con el refrigerador descompuesto.

—Pues lo hizo, Parrish, y tuvo usted suerte de que en los últimos instantes fuera descubierto por una patrulla de reconocimiento que regresaba a base Ciudad Lunar. Si no llegan a verlo, ahora sena un cadáver.

—Sí, creo que ése era el papel que esperaban que yo hiciera.

—¿De qué está hablando, Parrish? ¿Le ha afectado el cerebro el exceso de calor?

—No creo, doc, pero usted ya se asegurará colocándome los electrodos de un electroencefalógrafo. Hay muchas personas que están pensando darme de baja entre los pilotos independientes. Estorbamos a las grandes compañías.

—No tema, Parrish. Si la lectura de su electroencefalogra

ma está correcta, no tendrá problemas con su licencia de astronauta. Con respecto al cuerpo, no ha tenido lesiones importantes, aunque ha adelgazado casi diez kilos en poquísimo tiempo.

—Todo un récord. Trataré de recuperarme comiendo en el restaurante de la base.

——Yo le recomendaría un período de tres meses en la Tierra. En cualquier parte del globo, como Florida, California, España o Italia, recuperaría su peso y su salud totalmente. Ha pasado por unos momentos muy graves. Otro hombre menos fuerte que usted no lo hubiera resistido.

—Soy duro de pelar, pero no iré a la Tierra. A mi nave no le queda mucho tiempo de vida y tengo que sacarle el máximo de partido posible. Dentro de ocho meses me toca revisión y entonces creo que le darán el cese.

—Todos nos hacemos viejos, Parrish, hasta las máquinas. Por cierto, muchas personas se han interesado por usted.

—No **estaría Lung entre ellas, ¿verdad?**

—¿Lung, el poderoso industrial y financiero oriental? —Sí, debe de andar por la base.

—Creo que sí tendré que ponerle los electrodos en la cabeza, Parrish. Lung se halla en su mansión a cien kilómetros de Nanking. Precisamente hoy he visto unos reportajes en e1 noticiero televisado sobre el poderoso Lung y su temporada de descanso.

—Me temo que ese noticiario es falso.

—Vamos, vamos. Parrish, si sigue diciendo tonterías me temo que no podrá recibir visitas.

Parrish comprendió que Lung era lo suficientemente astuto como para no dejarse atrapar en falso. Posiblemente estaría en base Ciudad Lunar de incógnito, habría llegado disfrazado, tenía medios para ello y para falsificar cuantos docu — mentos magnéticos quisiera, incluso sus propias huellas dactilares. Su fabulosa fortuna le permitía burlar a la ley en algunos aspectos, de modo que decidió no insistir en la verdad, ya que lo pasaría peor allí dentro de aquel tubo de materia plástica que se comunicaba con el exterior a través de micrófonos y altavoces mientras su cuerpo se recuperaba,

—

sólo cubierto por el plástico que, en ciertas zonas delicadas, era opaco.

—Bien. Lung sólo está en mi cabeza. Debí soñarlo mientras saltaba como un canguro tratando de escapar a la muerte del pollo.

—Es usted muy guasón, Parrish. Todos los que entran en ese tubo de recuperación cuentan historias amargas y sufren; en cambio, usted suelta chistes.

—¿Quiénes quieren verme?

—Algunos pilotos independientes, sus colegas.

—No les deje pasar, doc, se iban a reír de mí. Ya hablaré mañana con ellos en la cafetería mientras como carne reconcentrada para recuperar mi peso normal.

—Entonces, ¿qué les digo? '

—Que me siento agotado o lo que usted quiera. Con ellos; es mejor hablar con un «water—star» en la mano. Y por cierto, ¿quiénes más quieren verme?

—La teniente Garson y los profesores Williarson y Gelaud, de la Acad emia

Mundial de Zoología.

Ian Parrish parpadeó.

—¿La teniente Garson, dice?

—Sí, del departamento de relaciones públicas del Comité Mundial del Espacio.

—No entiendo. Conozco a la mayoría de hembras que hay en Ciudad Lunar, pero ese nombre no lo recuerdo. —Acaba de llegar de la Tierra en el correo junto con los profesores mencionados.

—Bien, que pasen.

Los visitantes penetraron en la sala de urgencia médica. Ian Parrish, desnudo y reposando dentro de la caja plástica, les vio llegar y a través del altavoz p udo escuchar el silbido de admiración que él emitió.

Los dos profesores eran sendos maduros venerables, pero la teniente Garson resultaba todo un ejemplar de hembra de *homo sapiens.* Piernas estilizadas, caderas de curvatura perfecta, cintura estrecha, sin artificios, con varias pulgadas de piel bajo una gasa sintética que evidenciaba que no había trampa alguna que la ciñera. El busto era joven, erguido, casi agresivo, destacaban los ojos que a

Parrish recordaron el azul del mar Caribe y unos cabellos rubio s como una alea— ción de platino y oro al cincuenta por ciento.

La teniente no parecía dispuesta a sonreír.

Los doctores en zoología se presentaron, y el que dijo llamarse Williarson, que llevaba barba cana mientras el otro llevaba rasurado meticulosamente su rostro y era más obeso, le preguntó:

—¿Cómo se encuentra, señor Parrish? Hemos sabido su accidente, aunque acabamos de llegar a la Luna.

—Bah, no tiene importancia —replicó sin quitarle ojo a la teniente, quien desvió su mirada al toparse con las impertinentes pupilas del hombre.

Tampoco le pareció conveniente clavar sus ojos azules en el pecho rebosante de vello o en sus piernas desnudas. —El médico

ha dicho que se recuperará usted en seguida, que es de constitución fuerte.

—Sí, me harán un electroencefalograma y si comprueban que no me he vuelto majareta me devolverán mi licencia. Por cierto, ustedes querían hablar conmigo.

¿Sobre qué? ,Acaso algún viaje alrededor de la Luna para eminentes cien tíficos del Comité Mundial del Espacio. —Desvió sus ojos argenta oscuro hacia la teniente Garson y añadió—: Supongo que el Comité se hará cargo de los gastos sin regatear, ,verdad?

—Se le pagará un precio justo, comandante Parrish —advirtió la teniente, aceradamente.

—Lo justo, lo justo —rezongó—. Siempre ponen precios bajos, pero le advierto que yo soy libre de contratar o no mi nave.

—Lo sabemos, pero no creo que ponga impedimentos a la ciencia por un problema crematísitco —dijo la mujer. —Desde luego. Por cierto, ya me había olvidado de que tenía el nombramiento de comandante civil del espacio. Aquí en la Luna todo el mundo me llama Parrish a secas. —Señor Parrish, el Comité Mundial

no le contrata para un simple periplo alrededor de la Luna, es algo más impor tante

—advirtió el profesor Gelaud con su
peculiar acento francés.

—¿Para cuántos días piensan contratarme? —Un
tiempo bastante largo, quizá tres meses.

—¿Tres meses? —Miró de nuevo a la teniente Garson—. Eso va a costarle mucho dinero al tesoro del Comité. —Estoy autorizada para pagar lo que sea justo, no importa que resulte elevado.

—Bien, eso va mejor. ¿Cuáles son sus planes? —
Que en su «Crow O1», nos lleve a Marte.

—¿A Marte? —sorprendido, quiso incorporarse y dio con su frente contra el plástico que lo encerraba, volviendo a dejar la cabeza sobre el co jín de espuma sintética con un gesto de dolor.

—Parece que el comandante Parrish tiene problemas cerebrales —silabeó la teniente—. No será fácil que le den de alta tras un electroencefalograma. Podríamos contratar a otro de los

pilotos del grupo de independientes.

—¡Eh, aguarden, estoy perfectamente!

La mujer sonrió con suficiencia y casi compasiva, lo que molestó profundamente a Parrish, debido a la inferioridad en que se hallaba, replicó:

—No nos podemos fiar de sus palabras, comandante, sino de la gráfi ca de un electroencefalógrafo. En ella se podrá leer la verdad de su cerebro.

—Ya decía yo que acabaríamos gobernados por máquinas —se quejó Ian Parrish, sin poder escapar del tubo de recuperación. Pensó que si le conectaban los

electrodos mientras estuviera delante la teniente Garson iba a reflejarse en la grá— fica una gran actividad mental, quizá las agujas del oscilógrafo bailaran y todo.

—Señor Parrish, no haremos ningún contacto hasta que los médicos le den de alta. Sabemos de su prestigio y preferimos ir a Marte con usted.

Tras las palabras del profesor Williarson, los tres dieron media vuelta y se alejaron.

A Ian Parrish, por lo menos, le quedó el pequeño placer de ver a la teniente Garson caminando de espaldas. Sus ondulaciones le recordaban las paradisíacas playas de las islas Fiji, que se hallaban a cuatrocientos mil kilómetros de donde él estaba ahora, metido en una carlinga plástica y, como vulgarmente se decía, en los puros huesos.

CAPITULO III

Notando la falta de los kilos perdidos, Ian Parrish descenso a la planta de las suites especiales comprendidas en el medio millar.

Con paso rápido buscó la 515. Pasó por debajo de la ara televisiva y manipuló con una llave maestra de distintas graduaciones magnéticas, hasta que consiguió abrir la cerradura, como ladrón furtivo.

Se internó en la estancia sumida en tinieblas, aunque escuchaba algunos ruidos que le hacían pensar que había

alguien allí.

Cruzó el living, abrió sigilosamente la puerta de la habitaci ón y palpando la pared, consiguió hallar el botón manual del encendido de la luz eléctrica. Lo pulsó y se hizo la luz.

La cama era ancha y debajo de la colcha, dos seres, una chica de más o menos agradable aspecto y un tipejo calvo Y bigotudo con cara de burócrata.

I as dos cabezas se lo quedaron mirando atónitas, separadas la una de la otra.

De pronto, la mujer lanzó un grito espeluznante que nadie pudo oír, ya que estaban en la Luna y no había ventanas en ninguna estancia de base Ciudad l unar

—¿Se ha calmado? —preguntó Parrish, sin moverse del umbral.

El tipo del bigote se subió hasta el cuello la ropa que le .abría, más que la chica que estaba a su lado y que mostraba el escote, Ián no sabía si por no haberse percatado de ello o porque se encontraba bien así.

—¿Es usted un ladrón lunático? —inquirió el hombre — No. Y ustedes, ¿quiénes son?

—El es Peter Smith y yo Helen Brown, ahora señora Smith. Nos casamos hace dos días. Peter se empeñó en q viniéramos a pasar la luna de miel a la propia Luna y como el viaje es tan caro...

—Lo he pagado a plazos —completó el del bigote—. Como prenderá que poco puede robarnos.

—No es mi intención robarles —replicó Ian Parrish—. S lo quería saber desde cuándo ocupan esta suite, digamos nupcial.

—Oiga, a usted le he visto en los noticieros televisados Es Ian Parrtsh , el célebre astronauta.

Al decir aquello, la chica se había incorporado excesiva mente en la cama, resbalándole las ropas sobre la piel. S flamante marido gritó:

—¡Helen!

Debió de estirarla por debajo de la ropa, pues la chica s deslizó hacia abajo, quedando de nuevo oculta por la sábanas.

—No me ha respondido. ¿Desde cuándo ocupan es suite?.

—Desde hace seis horas. Peter no ha querido que salga —, mos ni un soto minuto.

—Bien; que 1a luna de miel no les resulte demasiado pegajosa.

—Eh, oiga, ¿qué se ha creído usted?

Ian Parrish había cerrado la luz, pero volvió a encenderla, preguntando:

—¿Qué decía?

—Oh, nada, nada; buen viaje, astronauta.

—Peter, dile que vuelva a tomar una copa con nosotros.' Ian Parrish apagó la luz y abandonó la alcoba y luego la suite, mientras oía que el tal Peter Smith, de profesión inconfundiblemente burócrata, pero en algún puesto importante, de lo contrario no podría pagar ni a plazos su luna de miel en aquella suite lunar, protestaba en voz baja:

—Nos quejaremos a la dirección. Es es un allanamiento de morada.

—Cállate, Peter. Es interesante conocer a hombres importantes y es tan apuesto y varonil...

—; Helen!

Ian Parrish subió a la dirección del hotel lunar. Conocía a Benini, el jefe de recepción.

—Vas a hacerme un favor. —¿Cuál?

—Quería saber quién ocupó la suite quinientos quince ayer . anteayer.

—Veamos. —Buscó en el libro de registro y, mostrando :n espacio en blanco, indicó—: Nadie.

—¿Nadie? Imposible. Ayer vi yo a Lung en esa suite con cuatro tipos más y una mujer de esas que provocan infartos z su paso.

—Lo siento, Parrish. Ya me han dicho que te afectó mu cho el accidente que sufriste en e1 exterior. ¿Qué resultado na dado el electroencefalograma?

—A1 diablo contigo, Benini.

Malhumorado, Ian Parrish se dirigió a la oficina de la comisaría de la policía mundial.

—Quiero hablar con el coronel Hagthon.

—El coronel Hagthom está en la Tierra en una reunión

importantísima. Salió esta mañana en el directo especial. —Entonces, ¿quién está al mando de base Ciudad Lunar en cuanto a policía se refiere?

—El teniente coronel Percyval. —Pues quiero verlo:

—Tiene mucho trabajo ahora —rebatió el sargento. —

Me importa muy poco que tenga trabajo o no.

Cruzó la barrera y se armó un tumulto. Seis policías uniformados se le echaron encima tratando de reducirle, cosa difícil. Ian Parrish, pese a su delgadez accidental, tenia una gran fuerza.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió el teniente coronel, apareciendo en la puerta de su despacho.

—El comandante civil Parrish quería verle, señor —explicó el sargento.

—¿Y para eso tanto ruido? Que pase.

Ian Parrish se arregló el **traje color** burdeos y pasó al despacho, dejando a un par de agentes en el suelo.

Se cerró la puerta y después de sentarse tras la mesa, el teniente coronel

Percyval gruñó:

—Le gusta provocar tumultos, ¿eh, Parrish? No debería hacerlo. Se lo tolero porque tengo conocimiento de lo que ha sucedido e imagino que no está muy bien.

Mis agentes me informaron del estado en que fue hallado. Un minuto más y habría muerto.

A Parrish no le agradaba demasiado Percyval. Era un euroasiático de cuerpo vigoroso y mirada ladina, pero despótico en su trato. Hubiera sido un buen agente de la legendaria Gestapo, de no ser por sus ojos ligeramente oblicuos y pequeños.

—Quiero hablarle de que Lung está en base Ciudad Lunar. —Imposible, me hubiera enterado. Ese hombre es demasiado importante para pasar desapercibido. Precisamente tengo noticias de que se halla en su patria, descansando. No estará viendo visiones, ¿verdad, Parrish?

Parrish comprendió que iban a decirle que pasara por la enfermería e incluso podían ponerle objeciones al tratar de retirar nuevamente su licencia si no lograba demostrar que Lung se hallaba en base Ciudad Lunar. Tampoco podía pro bar que lo que

le había sucedido no era un accidente y sí un intento de asesinato.

—Creo, teniente coronel, que mejor me voy a la enfermería para que me den un analgésico.

Percyval sonrió, estirando los ya de por sí delgados labios. —Será lo mejor, Parrish, y no provoque más tumultos. Tendrían que encarcelarlo, imponerle una multa y retirarle su licencia e incluso el visado para permanecer en la Luna. — Tendré cuidado para que no me sucedan tantas desgracias juntas.

Abandonó la comisaría. Malhumorado, se dirigió a la enfermería; debía de buscar los diagnósticos.

¿Sucedería algo similar a los otros pilotos independientes? Debía ponerles en guardia, pero no iban a creerle. Revisarían de nuevo su psiquismo y quizá hasta le colocaran una camisa de fuerza, enviándolo a un sanatorio de la Tierra, para que compusieran su mente desequilibrada.

—Tenga el parte médico, Parrish —le dijo el «doc», entregándoselo.

—¿Estoy «chalado» o todavía sirvo para pilotar naves por el espacio?

—El electroencefalógrafo dice que está bien, Parrish, pero no juegue demasiado con su mente. Hay situaciones en que un cerebro, por fuerte que sea, no resiste. Usted llegó al límite. El excesivo calor que oprimió su cráneo pudo ser funesto. A otro se le habrían cocido los sesos. En fin, Parrish, con este parte puede retirar su licencia y pilotar su «Crow O1» cuando quiera.

Tomó el parte médico y antes de retirarse, dijo: —Gracias, doc. Espero no volverle a ver aquí abajo. En la cafetería, cuando quiera.

—Y yo también, Parrish. Suerte.

En la oficina general le devolvieron su licencia a cambio del parte médico. Era un hombre apto en su totalidad. El accidente no lo había mermado, pero tenía muchas ganas de volver a tropezarse con Lung o alguno de sus secuaces. Mas, al parecer, no estaban en la Luna y si lo estaban, sabían pasar desapercibidos. Por desgracia, el soborno no era un pecado exclusivo de los siglos anteriores al veintiuno.

—¿Algún parte para mí?

—Hola, Ian, ¿cómo estás? Me dijeron que estabas muy delgado —le saludó la azafata de recepción, que al parecer, no tenía ojos más que para admira r al astronauta.

—Ya ves, sigo bien, con la piel pegada a los huesos. Ahora, encanto, dime si tengo algún aviso.

—Sí, aquí tienes uno. —A ver...

Desplegó la hoja y pudo leer que los profesores Williarson y Gelaud le esperaban en la habitación 333.

—Gracias, encanto. Creo que esto me interesa. Necesito otros aires.

—¿Otros aires? ¿Es que piensas abandonar base Ciudad Lunar?

—Es posible, encanto, es posible.

Sin perder tiempo, se dirigió a la habitación 333, pensando que era preferible hablar en la cafetería que en uno de los apartamentos. Aquellos profesores no sabían vivir. Eran todo ciencia, pero ¿y la teniente que les acompañaba?

—Pase —autorizaron a través del altavoz de la puerta cuando ésta se abrió.

En el pequeño living estaban los profesores, casi a oscuras y ante una pantalla visora de cuarenta pulgadas, con cinta magnetoscópica de alta sensibilidad. No era cinta de seiscientas líneas como la utilizada comercialmente para diversión o noticiarios, sino de dos mil líneas, para precisión y en un colo r perfecto.

—¿Sesión de esparcimiento? —preguntó, adentrándose. Pudo ver a la teniente Garson sentada en un sofá, fumando un cigarrillo. La chica clavó sus ojos azul mar en el hombre, pero no dijo nada. Ian Parrish tuvo que conformarse con verla a través del humo que ella misma expulsaba. El profesor Willarson desconectó la pantalla visora y la luz se hizo en la estancia.

—Bien, muy bien, comandante Parrish. Celebramos verle en perfecto estado. ¿Le han devuelto ya su licencia? Parrish golpeó el bolsillo de su ajustada casaca color burdeos.

—Aquí la tengo. ¿Siguen queriendo viajar a Marte?

—Sí, ése es nuestro plan, comandante —puntualizó el francés.

—Viajar a Marte nos llevará un mes de ida y otro de vuelta. ¿Cuánto tiempo piensan permanecer en el planeta? —Un mínimo de diez días para los estudios que debemos de realizar.

A la puntualización del profesor Williarson, Ian Parrish objetó:

—Eso va a costarle caro al Comité Mundial del Espacio. Los dos maduros científicos se quedaron mirando a la teniente de relaciones públicas. Esta apartó el cigarrillo de sus labios, tomó una carpeta de piel negra que tenía junto a sí, y, abriéndola, sacó

una hoja escrita, con varias firmas, y un sello magnético inimitable. La entregó a Ian Parrish, al tiempo que decía:

—Todo está presupuestado aquí. El Comité estima que lo que se le va a pagar es más que generoso.

—¿Generoso? —Parrish se mostró burlón—. Es un margen más que justo, ruinoso.

—¿No le conviene el trato? —preguntó Williarson, desilusionado como un niño.

—Acepto. Es ruinoso para mí, económicamente hablando, pero acepto.

—¿Publicidad? —inquirió la teniente Garson, casi con desprecio.

—¿Por qué no? Todos sabemos que viajar a Marte está totalmente prohibido por el Comité Mundial del Espacio. Sólo profesores con las debidas garantías y autorizados por el Comité pueden arribar a Marte y realizar sus exploraciones, en este caso, ustedes. El piloto que les lleve saldrá en todos (os noticiarios y, posiblemente, luego; cuando mi nave ya no tenga la licencia de vuelo por considerarla vieja, pueda yo hallar un buen empleo de astronauta.

—Conocemos su problema, comandante Parrish —dijo e(profesor Gelaud—. Si todo sale bien, es posible que nosotros aboguemos para que se renueve su seguro de ta nave por un año más, lo que supongo representará para usted unos beneficios.

—Exactamente, profesor. Bien, no hay más que hablar. ,Dónde firmo?

La suficiente teniente Garson levantó su escultural anatomía del sofá. Sacó un magnetobolígrafo y lo tendió a Parrish. —Firme aquí.

Ian Parrish obedeció. Su firma era ya imborrable. —Ahora les prevengo que, tanto en el viaje de ida como en el de vuelta, irán dormidos. La «Crow OI» no es

de las más modernas que se construyen y aún conserva el sistema de hibernación a veinticinco grados Celsius. Sólo habrá que desmontar los asientos para turistas e incorporar las cámaras de hibernación a los anclajes ya existentes.

—¿Y no habrá peligro? —preguntó desconfiada la teniente Garson.

—En absoluto. Mi nave posee tres pilotos automáticos. Uno de ellos es el fijo y los otros dos son de seguridad para

posibles fallos. Una vez abandonemos la órbita lunar, impulsaremos la nave a cien mil millas hora, con los motores atómicos. No hay peligro de vibración alguna ni posibles rozamientos.

El profesor Williarson observó:

—A menos que nos topemos con una nube de micrometeoritos, cuyo roce podría incendiar la nave.

—La «Crow 01» está dotada de ultrarradar espacial para captar los micrometeoritos y de radar corriente para detectar los grandes meteoritos que pudieran aplastar la nave.

—Y cuando los detectan, ¿qué sucede? —preguntó la teniente Garson.

—Poca cosa. La nave cambia el rumbo para rodear el peligro y una vez lo ha sorteado regresa a su ruta automática. —¿Y si ocurre algún percance? —inquirió el profesor Gelaud.

—Una alarma nos despierta de la hibernación, regresándonos a nuestra temperatura de treinta y seis coma cinco, grados, pero, sinceramente, si la avería es grave, mejor que no nos despierte. Moriríamos de todas formas. Ir a Marte no es como viajar de la Tierra a la Luna, un desplazamiento al alcance de cualquier economía, que incluso se puede pagar a plazos. Marte está a cincuenta y tantos millones de kilómetros como mínimo y un rescate espacial, hoy por hoy, no es posible en este viaje.

—Aceptado el riesgo, comandante Parrish —dijo la teniente—. No vaya a creer que sólo son valientes los astronautas de fama. Ahora, díganos, ¿cuándo despertaremos?

—A dos horas de aproximación de Fobos y Deimos, las lunitas de Marte. Tendremos tiempo de desperezarnos, componernos, tomar todos los mandos y cursar los partes radiomagnéticos a los controles de Fobos y Deimos, que es donde se hallan las bases del Comité Espacial. Desde Fobos y Dei — mos custodian el planeta Marte e impiden que los intrusos lleguen a él.

—¿No habrá nadie en la superficie del planeta? —inquirió el profesor Gelaud.

—Que yo sepa, no debe de haber nadie. La última expedición

regresó hace un año y deben de estudiar las muestras

en el centro geológico interplanetario de la Tierra. Por cierto, todavía ignoro cuál es su misión en Marte. Ustedes son zoólogos y que yo sepa, en Marte no existe vida animal, sólo primitiva vida vegetal, pues ni siquiera se han hallado insec tos primarios.

—Vea la pantalla, comandante Parrish. En ella le mostraremos cuál es la misión que nos lleva a Marte. Lo cierto es que nosotros no sabemos exactamente lo que vamos a buscar, sólo tenemos sospechas.

El profesor Williarson apagó la luz de la estancia y el visor se puso en marcha. Ian Parrish identificó:

—Esto es una filmación aérea de Marte.

—Correcto, comandante Parrish, se nota que conoce usted bien Marte. Fíjese en esas manchas oscuras, apenas perceptibles. Si la filmación no fuera ultrasensible, esas manchas no habrían sido captadas en el hielo.

—Es cierto. Son manchas irregulares, habrá como media docena —asintió Ian

Parrish—. ¿Es alguna formación rocosa bajo el casquete polar marciano?

—No. Los geólogos aseguran que las rocas están a más de mil pies de profundidad bajo el casquete polar, por tanto, resultarían completamente invisibles para la filmación. Ahora fíjese en esta otra filmación.

A la primera película, en perfecto color, sucedió otra. No era tan buena como la primera, pero seguía siendo de gran calidad.

—¿Ve las marcas ahora, comandante Parrish? —

Sí, pero quizá haya tres o cuatro más.

—Exactamente, comandante Parrish —

aplaudió el profesor Gelaud.

Mientras, la teniente Garson fumaba junto a Parrish, observándolo con el rabillo del ojo, sin querer demostrar una declarada atención hacia él.

—¿No nota algo más extraño todavía, comandante Parrish? —inquirió ahora el profesor Williarson.

—

Pues

sí,

noto

algo.

—¿El qué? —inquirieron los dos

científicos, entusiasmados.

—Que las manchas, aparte de tener formas algo distintas, no están en los mismos lugares geográficos que las anteriores.

—¡Exacto! —aplaudieron los **profesores** al unísono. —Parece que es usted un hombre muy observador —ad

mitió la teniente Garson—. Yo no me percaté de ello en principio.

—Bueno, será una novata en Marte. Yo ya llevo varios viajes y en la vida, todo es experiencia.

—Comandante —explicó el profesor Williarson—, esta filmación magnetoscópica fue tomada un año antes que la otra, lo que quiere decir que si las manchas cambian de sitio, es que poseen vida propia y si no son los vegetales conocidos es que son entes vivos, los **primeros entes vivos** que pudieran hallarse en Marte. Sería un gran descubrimiento, ¿no le parece?

—Lo admito, pero es absurdo que esos entes vivan dentro del hielo. En el suelo marciano jamás se les ha visto con anterioridad.

—Nuestro viaje es de investigación, comandante. Parrish, por ello posará su nave muy cerca del casquete polar norte marciano.

—Es un lugar sumamente peligroso. Está lleno de cráteres y formaciones rocosas, es hostil, frío, árido. Allí se producen las peores tormentas invernales del planeta Marte.

—Si no se atreve a ir a esa zona de investigación, tendremos que contratar a otro de los astronautas independientes —dijo la teniente.

—Por mí que no quede. Ustedes provéanse de equipos antifrío y antiaire , va a hacerles falta. Creo que ya he visto lo suficiente. Debo ir preparando mi «Crow O1» para el viaje. Ustedes envíen todo su material de investigación al hangar, allí lo trasladarán a mi nave.

—¿Cuándo podremos iniciar el viaje? —inquirió la teniente Garson.

—En treinta horas. ¿Les parece bien?

Los profesores se miraron entre sí y ambos asintieron. —Es más aprisa de lo que hablamos calculado, magnífico —se alegró Williarson.

—Si me buscan, me hallarán en mi nave. Hay que darle los últimos toques. El viaje es largo y debe de estar bien preparada. Por cierto, teniente Garson, usted será la primera mujer que yo lleve a Marte.

—Espero ser también la primera que regrese, comandante Parrish.

—Testaruda recalcitrante, llámeme Ian, es más corto. Ah, por

si se le olvida, durante el viaje, el patriarca de la nave seré yo. Como comandante de la nave, tomaré las decisiones y éstas serán aceptadas. ¿Comprendido?

Molesta, la mujer dio media vuelta y se alejó a una de las habitaciones. Williarson y Gelaud se miraron entre sí, sonrientes. Fue Williarson quien dijo:

—Una chica muy linda, ¿verdad?

—Sí, bonita, pero muy fría y ustedes todavía me complican las cosas, pidiéndome que les lleve al casquete polar de Marte.

CAPITULO IV

El despegue —y entrada en órbita lunar fue una maniobra de pura rutina para Ian Parrish. Los profesores e incluso la teniente Garson disfrutaron con la espléndida maniobra y la insólita visión de la redondez de dos astros al mismo tiempo.

Colocada la popa de la «Crow 01» hacia la Luna, Ian puso la potencia de sus motores atómicos al máximo. Conseguida la gran propulsión, se alcanzó la velocidad de cien mil millas hora.

El planeta Marte se hallaba entonces en su fase de mayor cercanía a la Tierra. Si el viaje se hubiera demorado un mes más, teniendo en cuenta el tiempo de regreso, forzosamente habrían debido aplazar el viaje unos años, hasta que Marte se encontrara de nuevo en su punto más próximo a la Tierra.

Los pilotos automáticos fueron activados por Ian Parrish, tras marcar en ellos el rumbo adecuado. Después se introdujeron en las cámaras de simple hibernación, las cuales distaban mucho de ser una liofilización.

Sólo se trataba de bajar la temperatura de la sangre, aminorar los latidos del corazón a un mínimo de diez por minuto y provocar un profundo y dulce sueño durante el cual no se consumían energías.

El sistema de viajar en hibernación ahorraba muchos problemas de víveres y agua. El peso de la nave se aligeraba, el viaje se hacía más suave y tranquilo y se evitaban los problemas psicológicos que podían derivarse de un viaje prolongado en una nave no demasiado grande.

Si los automáticos de la nave sorteaban algún peligro, Ian Parrish, lo sabría después, leyendo las gráficas de la bitácora electrónica.

No había días ni noches.

Los pilotos automáticos efectuaban las correcciones del rumbo, mientras conservaban la velocidad de cien mil millas hora, sin que para ello hiciera falta utilizar motor alguno. El impulso inicial bastaba para seguir adelante y dicho impulso, para viajar a Marte, se conseguía mucho mejor desde la Luna que desde la propia Tierra, donde la superior gravedad contrastaba la fuerza de los motores, que debían consumir mucho más combustible.

El reloj electrónico fue marcando segundos, minutos, horas, días. En torno a las ventanas, protegidas durante el tiempo de sueño por planchas de acero aleado con otros metales, sólo oscuridad, estrellas redondas, siempre brillantes, pero sin los destellos que hubieran mostrado vistas a través de la atmósfera terrestre.

Ian Parrish, en su fortaleza, en su costumbre de viajar durante largos períodos por el espacio, fue el primero en despertar de aquel letargo de casi veinte días, ya

que Marte se había separado poco dei planeta Tierra en su órbita alrede dor del

Sol. En pocos meses más, estaría inalcanzable para los terrestres.

Abrió la cámara con tapa plástica, cóncava. Despacio, con movimientos lentos, fue recuperándose.

La nave había sido equipada convenientemente para tales situaciones y al despertar el automático a los viajeros, dentro de la nave había la mitad de la gravedad terrestre. De este modo, la escasa fuerza que tenían al despertar, la debilidad de unos latidos lentos, que poco a poco retornaban a su rit mo normal, quedaba compensada por el menor esfuerzo que debían realiza r para moverse en una gravedad inferior a la terrestre.

Caminando despacio, sintiéndose flojo todavía, sin su ritmo normal de bombeo cardíaco, Ian Parrish se dirigió al puente de mando de la «Crow O1».

Todo parecía marchar normal. Marte estaba cerca, a juzgar

por el radar, ya que a través de las ventanas nada podía verse; se hallaban protegidas contra los meteoritos.

Regresó para observar a sus pasajeros. Los profesores Williarson y Gelaud estaban despiertos, con los ojos abiertos, pero parecían incapaces de levantarse.

Ian Parrish levantó las tapas de sus cámaras y dijo: —Arriba, que ya es hora de estirar las piernas. Estamos llegando a Marte.

—No puedo moverme —advirtió el profesor Williarson. —Eso es una tontería, profesor. Si viera la tarántula que se le ha pegado en el pie...

—¿Quéee?

El profesor Williarson brincó dentro de la caja, quedando sentado. A1 oír su grito, Gelaud se levantó también.

—Sólo era una broma, profesor. Tiene que vencerse a sí mismo. Durante media hora tendremos la mitad de la gravedad para que nos recuperemos. Después, ya se sentirán hombres normales.

Gelaud y Williarson pesadamente, salieron de sus cámaras de hibernación y fue

Williarson quien señaló la cámara de la teniente Garson, preguntando:

—¿Le ha sucedido algo a la chica?

—No creo —denegó Parris, levantando la tapa plástica que encerraba a la muchacha.

—Dormida está muy hermosa —opinó Gelaud.

—Sí, pero cuando despierte será como un diamante. Bello, pero duro y cortante

—dijo Parrish.

—¿No puede haberle ocurrido algo? No despierta.

—Pues habrá que despertarla. Nos vamos acercando a Marte.

Ian Parrish se inclinó sobre el rostro femenino y posó sus labios sobre los de la mujer, besándolos.

—¿Le está haciendo la respiración artificial boca a boca? —preguntó ingenuamente Williarson.

El profesor Gelaud denegó con la cabeza.

—Creo que está reactivando los más sutiles nervios y sentidos de la mujer. Posiblemente en estos instantes el corazón femenino se esté acelerando, recobrando su ritmo normal o quizá más rápido de lo normal.

Las mejillas de la teniente se fueron coloreando. Alzó sus brazos y con sus manos; rodeó el cuello y la cabeza del hombre, como para evitar que se escapara.

—Tenía usted razón, profesor Gelaud —admitió su colega—. Al parecer, no he estudiado suficientemente las reacciones nerviosas en las hembras mamíferas.

Como alertada por las palabras oídas, la mujer abrió sus grandes y hermosos ojos azules. Vio a los profesores observándola y adquirió conciencia de lo que sucedía. Sobresaltada, molesta, apartó a Ian Parrish, cuyas mejillas también se encendieron a causa de las dos imponentes bofetadas que recibió.

—¡Canalla, rufián, esto es un abuso!

Ian Parrish se echó atrás y la teniente saltó materialmente de la cámara.

—Todavía no puede valerse excesivamente por si misma —recordó Parrish.

—De ello se ha aprovechado bien. Gelaud,

deseoso de conciliar, intervino:

—Todos habíamos abandonado ya las cámaras de hibernación y como usted no despertaba, el comandante se ha tomado la libertad de reactivar su corazón con rapidez, y a fe mía que lo ha conseguido.

La joven enrojeció de nuevo. Ian Parrish no quiso molestarla más. El beso había sido largo, agradable. Hubiera podido aguantar un par de bofetadas más y hasta dos puntapiés, como compensación.

Tras pulsar uno de los botones de mando, las planchas protectoras de los miradores se corrieron.

Ante ellos apareció el planeta rojo, que visto de cerca no era tan rojo, sino naranja en gran parte, blanco en sus casquetes polares y gris verdoso en extensas zonas.

—Magnífico —exclamó el profesor Williarson, con emocionada sinceridad—. Creí que jamás llegaría a verlo de cerca. —Es una visión que no olvidaré nunca —dijo Gelaud—. Lo he visto en multitud de ocasiones en filmaciones, pero no se pueden comparar a la realidad.

—¿Y usted qué opina, Raquel?

—Soy la teniente Garson, no Raquel a secas. En cuanto al planeta, tengo que admitir que la vista es bonita.

La nave seguía marchando con el piloto automático. Ian Parrish comprobó la velocidad y la distancia que les separaba del planeta y dijo:

—Dentro de una hora, ocho minutos, veinte segundos,

entraremos en órbita marciana.

—Y el descenso, ¿cuándo lo haremos? —preguntó la mujer.

—Según lo establecido y las órdenes que regulan los viajes a Marte, hay que dar un mínimo de tres órbitas al planeta, entre unas altitudes de diez a quince mil kilómetros.

—Esa órbita es muy alta —advirtió el profesor Gelaud. —Deben llevarse a cabo con fuerza motriz propia y de este modo pasamos el control policial, que se halla entre las bases de los satélites Deimos y Fobos, el uno a veinticinco mil kilómetros y el otro a cinco mil, aproximadamente. —¿Podría llegar una nave a Marte escapando al control de las bases de Deimos y Fobos? —inquirió el profesor Williarson.

—Es muy difícil, pero hoy por hoy existen tres posibilidades, arriesgadas, pero existen. Una de ellas consiste en cruzar el control sin entrar en órbita, cuando Fobos y Deimos se hallan en eclipse, y otra, llegar a Marte por la cara opuesta, dando un rodeo. Es peliagudo, pero factible.

Ian Parrish recordó la propuesta del poderoso Lung. El también sabía que existían esas posibilidades de llegar a Marte, por ello había tratado de contratarle, pero sin éxito. Ello hubiera supuesto correr el riesgo de perder su licencia de astronauta y en favor de un hombre que se colocaba al otro lado de la ley, con tal de amasar millones y poder.

—Bien, lo iremos preparando todo —dijo Williarson, sintiéndose de pronto más pesado—. ¿Qué me sucede? —inquirió.

—Nada, que el automático de regulación hibernativa ha impuesto en la nave toda la gravedad artificial; es decir, semejante a la que existe en la Tierra o en el interior de la propia base Ciudad Lunar.

El planeta Marte se fue haciendo más y más grande a sus ojos. Pese a la distancia, pudieron divisar finas formaciones nubosas.

La llegada a Marte en el ártico polar ocurría en una zona donde sería el final del invierno y el principio de la primavera marciana. El paso de una estación a otra, en el extremo septentrional era suave pero muy brusco en el ecuador mar—ciano, difícil de soportar, dados los acusados contrastes de temperatura.

No tardaron en entrar en órbita, y de inmediato, escucharon la señal de la base control Deimos.

—Atención, atención; aquí base espacial marciana de control de Deimos.

Identifíquense, identifíquense.

—Aquí «Crow O1», comandante Parrish.

—Escuchado. Tenemos noticias de su arribada a Marte en misión zoológica. Colóquense ante la cámara todos los viajeros a bordo para la comprobación de ficha.

—De acuerdo, Deimos, emitimos señal televisada.

Los cuatro se colocaron ante la cámara y de este modo fueron identificados.

—Aquí, Deimos, correcto. Sigan adelante y buen viaje. Si tienen dificultades, no dejen de ponerse en contacto con nosotros o con Fobos. Deberán pasar control con Fobos, estén preparados.

El control de Fobos fue idéntico y de rutina. Tras la tercera órbita, Parrish se aproximó más a Marte. Después, dijo: —Tomen asiento y sujétense los cinturones. La entrada en Marte no es tan dura como en la Tierra, ya que, como sa ben, la densidad atmosférica es bastante menor, pero siempre hay rozamientos y aceleración que contrarrestamos con los motores en el momento preciso. Si sienten alguna sacudida, ruido o presión en sus cuerpos, no se preocupen; es totalmente normal.

—Mientras la nave no se desintegre en el aire... —refunfuñó la teniente.

—Espero que no, Raquel. Usted y yo tenemos que conocernos más a fondo. Un beso es poca cosa.

—Conserve su serenidad, comandante Parrish, le hará falta para gobernar su nave. No olvide que esto es una misión científica, no un viaje de placer o diversión —replicó, cortante la fémina, con su característica dureza.

La nave «Crow 01», de estructura conocilíndrica, con unas

aletas casi imperceptibles en popa, junto al gran motor, estaba diseñada para entrar en la atmósfera en oblicuo al núcleo del planeta, como si pretendiera ser una línea tangente, pero luego se hundió más y más en la atmósfera hasta acabar inmersa en ella,

decelerando hasta la ridícula velocidad de dos mil millas hora.

Con el roce de la atmósfera, la temperatura de la nave aumentó. La aguja se fue acercando a la señal de peligro, pero no tardó en oscilar hacia atrás, al irse reduciendo la velocidad.

Volaron desde el ecuador marciano hacia el casquete polar norte. Llegando a este punto, la «Crow O1» se detuvo en el cielo y a tres mil pies de altitud se invirtió poniendo popa al suelo marciano y comenzó a frenarse en retropropulsión, con los potentes motores.

Ian Parrish escogió para la toma de Marte un área completamente despejada de arena anaranjada, de un radio algo inferior al cuarto de milla, rodeada por altos y agrestes peñascos, que bordeaban el casquete polar. Las cúspides de las rocas también estaban blancas por el hielo y la nieve acumulada.

Lentamente, la «Crow O1» fue quedando vertical sobre el planeta.

Del fuselaje de la nave brotaron tres grandes patas de acero, articuladas, que buscaron sujeción en la arena hasta hallarla.

La compresión de sus sistemas hidráulicos fueron estabilizando la nave, hasta conseguir una vertical completa. Finalmente, los motores se detuvieron.

—Contacto. Caballeros, ya estamos en Marte.

—Creí que no llegábamos nunca. He pasado un mal rato —observó el profesor Williarson.

Por su parte, el profesor Gelaud objetó:

—Supongo que es cuestión de costumbre. Por un instante, creí que el cohete se iba a venir abajo, golpeándose contra los abruptos peñascos que nos rodean.

—Profesores, vayan preparando sus cosas. Primero, comeremos y descansaremos. Después, saldremos a explorar. Pronto podrán averiguar qué son esas ligeras manchas que existen en el hielo polar marciano aunque, la verdad, no creo que sean monstruos del tipo antediluviano congelados.

—Si son seres vivos, es decir, pertenecientes al mundo animal, sea de la especie que fuere, están vivos. De lo contrario, no hubieran cambiado de lugar de un año a otro —dijo el profesor

francés.

—Y usted, ¿qué opina de lo que hay fuera, Raquel? —inquirió Parrish.

—Si existen seres vivos, posiblemente no serán menos primarios que alguno de los que hay aquí dentro.

Ian Parrish se encogió de hombros. La teniente Garson continuaba siendo dura de tratar. ¿Era una forma de protegerse de los hombres o de atacarlos con su hondo feminismo social?

«Ya tendré tiempo de averiguarlo —pensó—. Los días que pasaremos en Marte serán penosos, ella no lo sabe bien todavía y surgirá la ocasión de ir suavizando el trato.»

Se dispuso a dejar la nave totalmente estabilizada y a comunicar su situación exacta en Marte a los controles de Fobos y Deimos. De esta forma, en caso de accidente, quedarían avisados y una nave pequeña tripulada, podría bajar a rescatarlos, transportándolos después a cualquiera de las dos bases, donde quizá deberían aguardar años hasta que una . nave decidiera regresar a la tierra.

La escalera de cable y tubo de aluminio se desenrolló, cayendo al suelo marciano, ya enfriado tras la toma de suelo y consiguiente calentamiento de los motores.

—Los cascos y el pequeño equipo adosado al cinturón les permitirá una respiración óptima en el planeta Marte durante todo el tiempo que quieran.

—¿Ilimitado? —preguntó el profesor Williarson.

Ian Parrish denegó con la cabeza, puntualizando:

—Sólo el tiempo que dure la batería adosada al cinturón, pero como es de larguísima duración, tardaría un mínimo de diez años en consumirse. La batería acciona el succionador. Después, mediante electrólisis gaseosa, el aparato respiratorio separa los gases dañinos y nos dosifica el oxigeno que existe en el aire marciano. La presión atmosférica es muy baja, pero si no se quitan e l casco no sufrirán hemorragias. En cuanto a la gravedad, no hay problema. Se sentirán

más ligeros que en la Tierra. Si se les rompe el casco por algún accidente fortuito, sólo hay que regresar a la nave. No hay peligro de una muerte instantánea, como lo habría en la Luna, astro que carece de atmósfera. La respiración en Marte es nociva, pero no mortal a plazo inmediato, y en la nave puede uno recuperarse con bastante rapidez. Más peligro es sufrir una hemorragia interna o una simple usual, siempre que no haya nadie cerca para socorrerle.

—Hicimos un cursillo de supervivencia en Marte antes de salir de la Tierra — advirtió la teniente Garson, con su acostumbrada sequedad.

CAPITULO V

—Bien, entonces cojamos las mochilas con lo más indispensable.

—Hemos de llevar algunos aparatos de medición y sondeo ultrasónico e infrarrojo. Por supuesto, una filmadora magnetoscópica portátil y dos o tres carretes de videotape en color, de repuesto.

—De acuerdo. Carguen en mi mochila alguno de los aparatos más pesados. Estoy acostumbrado a este clima hostil que va a rodearnos.

—Yo también puedo cargar con algunos enseres.

Ian Parrish se quedó mirando a la rubia Raquel. Sabía bien que, pese a su belleza, había sido entrenada atléticamente, de lo contrario, no habría llegado a la graduación de teniente. No obstante, le dijo:

—Sería preferible que usted se quedara dentro de la nave. —Ni lo sueñe —atajó, decidida—. Usted puede ser el comandante de la nave, pero yo protejo a los profesores y a su proyecto, de modo que no estaré lejos de ellos. Aunque a un masculinista primario como usted le cueste comprenderlo, los dos profesores y su completa seguridad están a mi cargo. —De acuerdo, de acuerdo. Póngase su anorac climatizado, fuera hará mucho frío. Estamos a finales del invierno, casi en el punto crucial con la primavera, pero hace mucho frío. Este es el polo marciano.

—Sé cuidarme.

Media hora más tarde, los cuatro terrestres, con sus equipos de supervivencia e investigación, alimentos y agua potable, descendieron por la escalerilla hasta pisar suelo marciano.

El profesor Williarson tocó con su mano enguantada la arena anaranjada que cubría el suelo. Era un extraño placer acariciar aquel suelo tan lejano del planeta Tierra.

—Profesor, esta arena, todavía caliente, será buena para efectuar una primera prueba de detección por ondas infrarrojas —dijo el profesor Gelaud.

Williarson asintió y mientras se realizaban las pruebas con la arena, algo caliente todavía, comparada con las heladas rocas de alrededor, Ian Parrish buscó con la vista un paso entre los abruptos y altos peñascos.

Al fin, el grupo inició la marcha.

La temperatura era de sesenta grados Celsius negativos, pero la batería de supervivencia calentaba el aire que llegaba al casco, haciéndolo más apto para ser respirado por los pulmones.

El aire, una vez exhalado, escapaba al exterior por una válvula, condensándose rápidamente ante la frialdad del medio ambiente.

La comunicación entre ellos se hacía mediante radioemisores receptores acoplados a los cascos. El traje era muchísimo más llevadero que los empleados en la Luna o en el espacio y daba mayor libertad a manos y pies, pese a llevar guantes y botas especiales que les protegían del frío del polo marciano.

Cuando se internaron por el único paso visible entre las escarpadas rocas que cerraban e1 pequeño solar arenoso en el que había quedado protegida la nave interplanetaria, escucharon un fuerte rugido por el receptor de ruidos externos.

Raquel Garson y los profesores se detuvieron, impresionados, pero Parrish, que iba a la cabeza de la expedición, les tranquilizó:

—Es el viento, que ulula entre los peñascos que nos rodean. No teman, todavía no es ningún monstruo. Según las filmaciones que poseen, esos monstruos están debajo del hielo polar.

Más tranquilizados, salieron de la cadena rocosa.

A1 fin, muy cerca de ellos, quedó el hielo del casquete polar. Era como la orilla de un gran lago, cuyas aguas fueran

eternamente blancas.

—Es precioso —exclamó Raquel, con sinceridad. Parrish se volvió hacia los profesores, preguntando: —¿Tienen a mano las fotografías cartográficas?

—Sí, y la lectura indica que debemos seguir bordeando el lago en dirección Este.

—¿Cómo a qué distancia?

Los científicos hicieron un rápido cálculo y Gelaud dijo: —Como a cuatro millas y media y unos doscientos pasos hacia el interior del casquete, se halla la primera mancha descubierta en las filmaciones.

—Entonces, adelante.

Ian Parrish emprendió la marcha, junto al borde helado del casquete polar.

La nieve y el hielo tenían una gran diferencia con las zonas heladas de la Tierra. Se había demostrado que, geológicamente, Marte era un planeta muerto. Su núcleo estaba frío, y por lo tanto, carecía casi por completo de movimientos sísmicos causados por corrimientos de cortezas interiores. Si había ple gamientos o movimientos telúricos se debían al choque de meteoritos que penetraban por la atmósfera marciana, estrellándose contra el suelo y formando grandes cráteres, como los que existían en la Luna. La débil capa atmosférica no conseguía protegerlo de tales impactos, como sucedía normalmente en la Tierra, desintegrándose a su entrada en la atmósfera.

El hielo era liso, sin grietas, ofreciendo un aspecto uniforme y en cierto modo monótono.

La distancia no era larga, pero la caminata se hizo dura. Las rocas heladas resultaban resbaladizas. La intensidad del frío y las rachas de viento eran las más fuertes que pudieran hallarse en toda la superficie de Marte.

—Hemos llegado al punto. Ahora debemos internarnos en el hielo.

—Inspira cierto respeto hollar con el pie esa nieve helada. Está inmaculada.

—Sí, es hallarse frente a un mundo de fantasía. Es algo difícil de describir —opinó el profesor Williarson.

Ian Parrish, más práctico, puntualizó:

—Debemos avanzar o pronto se nos hará de noche. El azul del c ielo marciano era más intenso que el de la Tierra. Era como si se hallaran al atardecer, y sin embargo, los rayos solares eran más fuertes y abrasivos, menos filtra dos, ya que la capa atmosférica, al ser más delgada, frenaba menos y hacía poco difusos los hirientes rayos solares en todas sus gamas, desde los infrarrojos a los ultravioleta.

Ian Parrish fue el primero en poner su bota sobre el suelo helado y dijo:

—Aquí es. Parece que hay una mancha algo más oscura.

Todos corrieron, agrupándose a su alrededor.

—En efecto, ésta es la mancha que buscamos —asintió Williarson.

—Bien, pues ya pueden empezar a hacer sus mediciones. En media hora, debemos largarnos de aquí y regresar a las arenas para pasar la noche, que a esta altitud del planeta es más larga.

Los profesores, emocionados como dos adolescentes estudiantes de Química, solos por primera vez en un laboratorio, desempaquetaron sus instrumentos y comenzaron a tomar medidas e intensidades de color. Finalmente, efectuaron la detección de infrarrojos, pero esta última medición les decepcionó.

—¿Qué ocurre, no funciona bien el aparato de medición? A la pregunta de Ian Parrish, Williarson respondió: —Sí, funciona bien, lo hemos comprobado, pero esta mancha extraña, casi elíptica u ovoide, de cinco por siete metros, no tiene ni una décima más de temperatura que el hielo que la encierra.

—Eso parece muerto, a no ser que sea una simple roca o alguna mancha de tipo vegetal, como algas acumuladas —opinó Gelaud.

—Entonces, ¿cuál es la decisión que toman? —inquirió Parrish.

—Debemos reconocer mejor la mancha antes de dar una opinión científica, pero como se halla demasiado profundizada en el hielo, nada podemos saber si no la sacamos antes. Gelaud, con su fuerte acento francés, dijo:

—Posiblemente no sean más que miríadas de células de algún

plancton marciano que, cuando podamos cogerlo, se deshará entre nuestras manos.

—Sea lo que fuere lo llevaremos al microscopio y al espectrógrafo que hemos traído en la nave. Por lo menos hemos de tomar una muestra.

—No estarán pensando empezar a cavar en el hielo, ¿verdad? —preguntó Parrish.

—Sólo hay una forma de averiguar más sobre esta mancha y es fundiendo parte del hielo.

—¿Han traído algún medio apropiado? —siguió preguntando Parrish.

Williarson sacó de su propia mochila una caja metálica con un pulsador y la depositó sobre el hielo.

—Dentro hay un gramo de plutonio convenientemente aislado —explicó—, pero que al ser activado, desprende una gran energía térmica. Ahora podemos marcharnos y cuando regresemos mañana, hallaremos el hielo fundido en esta zona, claro que tendremos que aprovechar el tiempo, antes de que el agua se enfríe y vuelva a solidificarse.

Dejaron la caja termoatómica junto a la extraña mancha en estudio, para que a medida que se fuera hundiendo en el hielo, ya licuado, no quedara sobre la mancha, destruyendo el elemento de investigación.

El profesor Gelaud estiró un mástil telescópico que había en su mochila y desplegó un banderín, que habría de servirles de punto de referencia. Terminó por clavar en el hielo el mástil de duraluminio.

Abandonaron el casquete polar y ya en las arenas, buscaron un lugar donde pasar la larga noche.

—Entre aquellos peñascos parece que hay una gruta —apuntó Ian Parrish.

Todos le siguieron y terminaron introduciéndose en una gruta más o menos cómoda, pero que les guarecía de vientos y el frío se encargaron de ahuyentarlo con cargas térmicas.

Después, se dispusieron a descansar. A1 día siguiente habría mucho que investigar sobre aquella extraña mancha, que a simple vista nada recordaba.

CAPITULO
VI

La teniente Garson estaba ya cansada de tantas horas de inactividad dentro de la gruta marciana. Abrió la cremallera de su saco de dormir y se puso en pie, estirando las piernas.

El casco de oxigenación y supervivencia resulta ba incómodo. Paseó por la gruta y observó que sus compañeros dormían, o por lo menos, permanecían quietos y con los ojos cerrados.

Se acercó a la entrada de la cueva.

En e(exterior, había una claridad suave y agradable. El mar de hielo que constituía el casquete polar estaba cerca, inmaculado y perfecto. El banderín rojo ondeaba bastante lejos de donde se hallaban y de no contrastar tanto con el blanco de la nieve, no lo habría distinguido.

Raquel se percató de que el viento había dejado de ulular. La ve ntisca había amainado por completo o se había trasladado a otras zonas del planeta.

En derredor, un extraño y a la vez atrayente silencio. Aquello resultaba tan distinto de la Tierra, donde pese a un mar congelado podía notarse el rumor de las olas debajo del hielo, el crujir de la nieve al resquebrajarse y formar grietas... Allí, nada se movía. En la Tierra podía haber escuchado el vuelo o el graznido de una gaviota, el gorjeo de un pájaro, hasta el chillido de una rata, algo que significara vida.

Silencio, sólo silencio y quietud. Era un mundo muerto. Ni siquiera los vegetales más primarios crecían en aquella zona de Marte. Estaban lejos, a muchísimos kilómetros de distancia.

Se derretiría el casquete polar, el sol evaporaría el agua y se formarían nubes, que el viento desplazaría a otras zonas. Allí descargarían el precioso líquido que haría brotar las plantas del suelo. Después, el agua discurriría y volvería a evaporarse rápidamente, a consecuencia de las altas temperaturas del verano. Se transformaría en nube que volvería a caer sobre los casquetes

polares, helándose de nuevo. Así, un año y otro, pero el agua era tan escasa en

Marte, que no llegaban a formarse ríos, ni siquiera manantiales.

Cuando Raquel quiso darse cuenta, se hallaba ya fuera de la gruta y paseaba por riscos helados y arenas anaranjadas, sin saber qué fuerza extraña la atraía en aquel denso silencio.

Miró hacia el casquete polar y por primera vez, sin saber por

qué, sintió miedo. Un escalofrío recorrió su cuerpo grácil. «Será el frío y la soledad», pensó.

Rehuyó el casquete polar y pasó entre los riscos. De pron to, se notó nerviosa. Hubiera jurado que alguien la estaba observando, pero aquello era imposible. Sabía con certeza que salvo Parrish y los profesares, no había nadie más en el planeta.

Tan intensa fue la sensación, que giró la cabeza con brus quedad. Comprobó que no se había equivocado.

Un hombre, pues no cabía duda de que era un hombre, con ropas de color azul brillante y casco de la misma factura que el que ella misma lleva ba para la supervivencia en la atmósfera marciana, estaba allí, a pocos pasos, mirándola intensamente.

—¿Quién es? ¡Identifíquese! ¿Quién es?

El sujeto no respondió. Raquel pensó que quizá las radios de ambos no pudieran intercomunicarse.

—¡Identifíquese, yo soy la teniente Garson, del Comité Mundial del Espacio!

El desconocido siguió sin identificarse y avanzó hacia ella, con señales inequívocas de querer cogerla. En su cinturón portaba una pistola láser.

Raquel, atemorizada, echó a correr, trepando entre los peñascos. Comprendió que había sido una temeridad abando nar **la gruta en solitario y sin avisar** a nadie.

El hombre corrió tras ella. Era un sujeto alto, recio. Su rostro llevaba bigote y barba y a Raquel Garson no le cabía duda alguna de que era terres tre. De lo que también estaba segura era de que sus intenciones no eran buenas.

—¡Socorro, socorro! —gritó por el intercomunicador. La agilidad de Raquel, unida a la poca gravedad marciana comparada con la terrestre, hicieron que la mujer pudiera correr entre rocas y piedras un largo trecho, antes de ser alcanzada.

—

¡Socorro,
suélteme!

Su voz sólo se escuchó dentro del casco. Aquel sujeto, aparecido en Marte de improviso, acababa de desconectar la clavija que unía el micrófono del casco con la batería de supervivencia, dejando el emisor inutilizado. Ya no podría

comunicarse con sus compañeros de viaje.

El hombre trataba de dominar a la joven, pero Raquel era difícil de sujetar, máxime habiendo aprendido defensa personal para mujeres.

Golpeó en dos ocasiones al hombre y éste acusó los precisos golpes, pero lo que hizo la muchacha fue desviar su atención. Seguidamente, le desconectó los tubos de oxígeno, que eran de materia plástica.

El astronauta se preocupó al notar el bajón en la llegada de aire. Después vendría el envenenamiento progresivo de la sangre.

Raquel consiguió zafarse de él y corrió peñascos abajo, saltando peligrosamente entre ellos.

Cuando el atacante hubo repuesto el tubo de succión de aire, ya la chica estaba demasiado lejos, por debajo de donde él —se hallaba. Sin pensarlo más, sacó su pistola láser y apuntó cuidadosamente.

Un rayo láser cruzó el aire marciano como un finísimo dardo, pero al chocar contra el cuerpo del sujeto, que sostenía la pistola que apuntaba a Raquel Garson, se desparramó en parte en destellos, mientras traspasaba su carne.

El hombre perdió el equilibrio en lo alto del peñasco y se vino abajo, rebotando entre las rocas.

Raquel, asustada miró en la dirección en que partiera el rayo láser. Descubrí ó a Ian Parrish, que a su vez sostenía una pistola.

—¡Parrish, Parrish! —gritó, pero él no pudo oírla.

Raquel corrió hacia el hombre y se abrazó a a él, aunque sus rostros quedaron separados por los cascos plásticos. Ian Parrish le conectó la clavija del emisor y habló a continuación:

—Ese hombre iba a matarte.

—Sí, ha tratado de sujetarme y me ha desconectado el emisor. No sé quién es, no ha pronunciado palabra.

—Es fácil suponer que está en Marte sin el pase correspondiente. Tú has debido de sorprenderle y él ha tratado de

que no le descubrieran. Te ha desconectado el emisor para que no pidieras ayuda, pero yo ya había captado tu primera llamada de socorro y he salido de la gruta en tu busca. —Gracias, Ian. En mi vida he pasado tanto miedo.

—Todo ha pasado ya, pero veamos la cara de ese sujeto. Avanzaron entre los peñascos hasta llegar junto al cadáver, cuyo rostro podía verse a través del casco plástico que no había llegado a romperse en la caída.

—¡Si es Federov!

Ante (a exclamación de Parrish, la mujer preguntó: —¿Lo conoces?

—Sí, era colega mío y creía que amigo también. —¿Un astronauta?

—Sí, del grupo de independientes como yo, con nave propia.

—Entonces, es lógico deducir que su nave está en Marte. —Y no muy lejos de aquí.

—No habrá venido solo a Marte, claro —apuntó Raquel. —Me temo que sé a quién ha traído a Marte.

—¿A quién? —A Lung. —¿El famoso industrial y financiero chino? —Sí, el poderoso kan de las finanzas. —¿Y qué ha venido a hacer Lung a Marte?

—Lo ignoro todavía, Raquel; pero si nos topamos con él, terminarem os averiguándolo. Lo malo es que ese chino no anda solo, siempre va acompañado de sus matones. El quiso contratar mi nave para venir a Marte.

—¿Y tú te negaste? —preguntó Raquel, ya en pleno tuteo. El peligro había roto el hielo entre ambos.

—Sí, me negué y por ello me encontraste tan mal en la clínica. Intentaron asesinarme, haciendo creer a la policía que se trataba de un accidente. En fin, es una historia larga, pero lo peor de todo es que si no estoy confundido, Lung está en Marte y no muy lejos de aquí . Siempre había sospechado que Federov no era un tipo muy íntegro. El sabía. que no podía venir a Marte sin autorización especial y trajo a Lung, burlando el bloqueo de los controles en Deimos y Fobos. —¿Y qué sucederá ahora?

—No lo sé. Hemos de regresar pronto con los profesores y deberíamos volver a la nave para enviar desde ella un aviso a los controles de Fobos y Deimos, para que ellos se hagan cargo del asunto y de la nave de Federov, que debe de estar en algún lugar de este planeta. Por el momento, cr eo que corremos peligro. Lung y sus secuaces tiran a matar. Si creen que nosotros podemos denunciarles, nos eliminarán sin pie dad. Conozco a Lung.

—Entonces, vayamos pronto hacia la gruta. Por cierto, Ian, ¿ellos pueden escuchar lo que nosotros hablamos? —Los equipos son del mismo fabricante, pero los independientes solemos

ponerlos en ondas distintas, para no interceptarnos entre nosotros mismos. Además está la distancia. Esos emisores—receptores son de alcance corto, máxime si hay gru pos rocosos. El riesgo de ser captados es mínimo, pero hay que correrlo.

—¿Los profesores no estarán ahora en peligro? ——Posiblemente. Si los hombres de Lung se tropiezan con ellos, los eliminarán, sin darles tiempo ni a pedir socorro. Al llegar a la gruta vieron con sorpr esa que los profesores Williarson y Gelaud no estaban allí. Había parte del mate rial, pero no los científicos.

—¿Habrá llegado Lung con sus hombres a la gruta? Parrish denegó con la cabeza cubierta por el casco. —No lo creo, pero salgamos fuera. Abandonaron la gruta y Raquel estiró rápidamente su índice, señalando el

hielo
del
casquete
polar.

—Están junto al banderín, Ian. Sólo son dos pequeñas manchas oscuras, pero allí están.

—Bien, iremos a reunirnos con ellos. Después, trataremos de esconder el cuerpo de Federov, para que no sea hallado por el momento y nos llevaremos su receptor, para conocer cuanto podamos sobre los movimientos de Lung.

Ian Parrish y Raquel Garson, corrieron por encima del hielo con la ligereza que les daba la gravedad marciana. No ta rdaron en llegar junto a los profesores. Ambos se hallaban al borde de una bolsa de agua de unos veinte metros de diámetro, rodeada de hielo.

—Miren, no hay nada —señaló W illiarson, decepcionado. El profesor Gelaud, expuso:

—Parece como si, al calentarse lo que constituía la mancha que veíamos a través del hielo, se hubiera disuelto en el agua, ahora cálida gracias a la caja térmica.

—¿De modo que la primera parte de la investigación ha sido un fracaso? — inquirió Ian, con apremio.

—Sí —aceptó, resignado el profesor W illiarson—. Habrá que investigar las otras manchas con más detenimiento. Es peremos que no desaparezcan como la que había aquí.

—Ya tendrán tiempo de investigar. Ahora debemos de re coger al muerto y regresar a la nave para dar aviso de lo que ocurre.

—¿Muerto, qué muerto? —preguntó Gelaud.

Raquel Garson explicó someramente lo que le había ocurri do. Por su parte, Ian añadió:

—Lung es un sujeto peligroso y tratará de eliminarnos para que no avisemos de que se halla en Marte con sus secuaces.

—¿Y no existe la posibilidad de que no sea Lung quien esté en Marte? — inquirió el francés.

—Existe, desde luego, pero me inclino a creer que es Lung, y no otro, quien se encuentra en Marte y muy cerca de no sotros. Tengo mis motivos para opinar de esta forma. De todos modos, dando parte a las bases de Fobos y Deimos, saldremos de dudas. Ustedes son una misión científica, no unos policías del espacio. Si ellos son varios pueden extermi narnos en brevísimo plazo, antes de que demos la alarma.

—Pero, no podemos acortar la investigación —protestó el profesor W illiarson.

—En absoluto, pero debemos esperar a no correr peligro. Síganme.

La orden de Parrish fue tajante. El se hacía cargo total mente de la expedición, él conocía mejor que nadie los peli gros que corrían y era el único también que llevaba una pistola láser.

Salieron del hielo para caminar primero por **la arena y luego, por entre** las rocas, en busca del cadáver. Al llegar al lugar, Ian Parrish quedó perplejo.

—¡No está!

Raquel Garson se apresuró a pregunta r: —

¿Lo habrán descubierto?

—Y aunque lo hubieran descubierto, ¿por qué llevárselo? No entiendo. Aquí ocurre algo anormal.

Gelaud preguntó:

—¿Están seguros de que ese Federov estaba bien muerto? Puede haberse marchado por su propio pie.

—No, estaba muerto, me cercioré de ello —insistió Parrish—, y como él no se ha podido marchar por su pie, alguien se lo ha llevado. Será mejor que regresemos a la nave cuanto antes. Allí estaremos a salvo.

La teniente, mirando en derredor, dijo: —Yo no veo nada sospechoso.

—Si nos marchamos, ¿qué sucederá con todo el material científico que ha quedado en la gruta?

—No tema, profesor Williarson, ese material lo recogere mos. Sólo hemos de regresar a la nave hasta quedar a salvo. Los del control se harán cargo del asunto Lung. Intentará escapar o será apresado y nosotros reanudaremos la investigación.

—En ese caso, vámonos —admitió con decepción el pro fesor Williarson.

De pronto, interfiriendo sus ondas receptoras, una voz ta jante y dura ordenó:

—¡Quietos donde están!

Ian Parrish alzó la cabeza y descubrió a un hombre apun tándole con su pistola láser desde lo alto de una roca. Desen fundó la suya propia.

—Ian, nos tienen rodeados —dijo Raquel, asustada.

—Exacto, están rodeados. Tire su pistola al suelo, Parrish, o todos perecerán. Les tenemos cubiertos.

De hallarse en solitario, Parrish hubiera intentado luchar, pero sólo él en la expedición llevaba armas y Raquel y los profesores serían abatidos con suma facilidad por los cuatro hombres que les rodeaban, encañonándoles con su s armas. —Ustedes ganan.

Parrish dejó caer su pistola y a una orden de la mano del que parecía mandar el grupo, los cuatro prisioneros comen zaron a caminar.

Los cañones de las armas les rodearon, mostrándoles ta ruta a seguir.

—Me estaba temiendo esto —se lamentó Parrish.

—Tenía usted razón —suspiró W illiarson—. ¿Qué sucederá ahora?

—¿Nos matarán?

A la pregunta angustiada de Raquel, Parrish respondió: —Por el gusto de Lung, creo que así será, pero trataré de salvar nuestras vidas por lo menos. Lo peor es no poder avisar a los controles de Deimos y Fobos.

Por abruptos senderos, pero sin alejarse demasiado del casquete polar, prosiguieron el avance durante una media hora.

Al fin llegaron ante una gruta, cuya entrada estaba cubier ta por duro plástico transparente que les aislaba del exterior. El jefe

del grupo abrió la puerta y todos penetraron en la cueva, bien iluminada y con algunas comodidades.

En aquella especie de sala se hallaba el oriental Lung tras una mesa. Junto a él, en pie, la morena de voluptuo sas formas. Ninguno de los dos llevaba casco. La gruta estaba climatizada y su aire purificado.

—Bien venido a Marte, comandante Parrish. La verdad, tengo que admitir que es usted difícil para morir.

—Pueden quitarse los cascos —ordenó más que sugirió el más alto de los
guardaespaldas de Lung.

Los cuatro prisioneros se quitaron los cascos y con ellos en la mano, quedaron frente al gran kan de las finanzas. Sobre la mesa, aparecían varios minerales que refulgían vivamente.

—Consiguió llegar a Marte, Lung —silabeó Parrish. —
Lung siempre consigue lo que se propone. —Pues a mí no
logró matarme como a Antoine.

—Vaya, conque ha llegado a la conclusión de que Antoine fue asesinado, ¿eh? — se sonrió, burlón el oriental.

. —No irá a negarlo a estas alturas.

—No, no voy a negarlo. Después de todo, esta vez no vivirá nadie para contarlo. Suelo cometer pocos errores, pero jamás los repito.

—Yo no estaría tan seguro, Lung. Terminarán por averiguar que está usted aquí y si nos sucede algo, los controles de Fobos y Deimos se alertarán y se abrirá una investigación.

—No siga, señor Parrish, que va a hacerme temblar —rió Lung de nueve, seguro de tener todo su juego en la mano. =¿Se atreverá a asesinarnos fríamente? — preguntó Raquel abiertamente.

CAPITULO VII

Los ojos oblicuos se clavaron en los femeninos, de una intensa tonalidad azul.

—Será una lástima eliminar a una belleza como usted, señorita, pero no queda otro remedio.

La morena que acompañaba a Lung hinchó su busto; se sentía rival de Raquel
Garson.

—Me intriga una cosa, Lung. ¿Cuál es su propósito en este viaje a Marte, qué va a ganar con nuestras muertes? ¿Acaso esos pedazos de mineral que tiene sobre la mesa?

Lung suspiró levemente. Con la calma y paciencia característica en los chinos, escogió uno de los pedazos de mineral y pese a ser del tamaño aproximado de un puño, le costó levantarlo para mostrarlo.

—¿Sabe a cuánto oro es equivalente este pedazo de mineral puro? Todos quedaron perplejos. El profesor Williarson se aventuró a decir:

—¿A mil gramos de oro?

—¿Mil gramos de oro? —Lung se echó a reír—. ¡Equivale a diez toneladas de oro!

—¿Qué mineral es, que pesa tanto? —inquirió Ian Parrish. —Pesa muchísimo, aun en un tercio de gravedad terrestre, como es la de Marte, me cuesta levantarlo. Es pequeño en masa, pero esta misma cantidad, en la Tierra, un hombre como yo no podría levantarla.

—¿Qué metal es? —insistió ahora Raquel.

—Starnio, starnio puro. Un metal que conseguimos descu

brir en el planeta Tierra tan sólo hace una década, mediante bombardeo de una aleación radiactiva de plutonio y circonio. De este modo se consiguió el metal más preciado conocido por el hombre hasta la fecha: el starnio.

—Sí, no cabe duda —admitió Ian Parrish—. Es el metal que produce la mayor cantidad de energía y que se regula mejor. Cinco gramos de starnio en total es el combustible que tiene mi nave atómica. El starnio alimenta de energía a base Ciudad Lunar.

—Exacto, señor Parrish. El starnio radiactivo es la energía superior que ha conseguido el hombre. En la historia de la humanidad primero fue la leña, luego el carbón, más tarde el petróleo y sus derivados. Después, el uranio y el plutonio y actualmente el starnio.

—Pero que yo sepa, todo el starnio que se produce en la Tierra, y carísimo por cierto como ha dicho antes, es sintetizado en grandes factorías.

—Exacto, es sintetizado en poderosas fábricas, que hacen un buen negocio con el starnio obtenido. ¿No imaginan quién controla esas factorías de obtención de starnio sintetizado?

Los cuatro prisioneros se miraron entre sí, perplejos y sorprendidos. Parrish se aventuró a decir:

—¿No será usted, Lung?

—Exacto, soy yo. Poseo la mayor parte de acciones de todas las factorías productoras de starnio. Controlo el starnio en nuestro mundo, claro que pongo las acciones a nombre de sociedades anónimas, de las cuales, soy el único y total propietario. ¿Comprenden ahora por qué estoy aquí?

—Entiendo. Si se ha descubierto starnio puro en Marte y en gran cantidad, la energía de la humanidad está asegurada por los siglos, sin problemas y a un coste módico. —Exacto —asintió Lung.

Ian Parrish siguió opinando:

—Y si el starnio se abarata, usted se arruina, Lung. —Muy agudo, señor Parrish. Es cierto, la abundancia de starnio sería mi ruina total.

—¿Y ha venido a robar el starnio de Marte para asegurar su fortuna? —preguntó ahora Raquel.

—Si el starnio abunda en Marte, eso no le sacaría de problemas.

—Usted lo ha dicho, señor Parrish. Si el starnio abunda, aunque yo me lleve unas cuantas cajas, como tengo proyectado, no salgo de apuros.

—¿Cómo va a acarrear, digamos a mano, un material radiactivo? —inquirió el zoólogo profesor Gelaud.

Lung aclaró:

—Porque el starnio, si no es activado con chorro de iones a gran presión, un proceso complejo, pero que no es ni en mucho el más caro para dejar el mineral a punto, no se convierte en radiactivo. Puede estar neutro como ahora. Sus núcleos, protones y neutrones están equilibrados. Se rompe su estabilidad y queda listo para ser empleado como energía pura al cien por cien y con

unos cientos de kilos de starnio puro que me lleve de Marte al regreso, triplicaré mi economía, mi poder.

Ian Parrish frunció el ceño y, con precaución, casi incrédulo de su propia intuición, pregunto:

—No estará pensando impedir que nadie más recoja muestras de Marte,

¿verdad?

—Caliente, caliente, señor Parrish. La verdad, sacaron muestras de estas galerías y se llevaron al instituto geológico del Comité Mundial del Espacio para analizarlas detenidamente.

—Y usted, que tiene contactos, espías sobornados en todas partes, se enteró de lo que ocurría.

—Exacto, señor Parrish. Tengo gente sobornada incluso en base Ciudad Lunar. Por ello me buscó y no me halló. —No me dirá que el coronel Hagthon también está sobornado por usted.

—Con él no pude, pero en su ausencia, sí soborné a Percyval. Es un tipo excelente si se le paga bien, aunque me cuesta caro, no crea. No piensen en represalias ni en avisar a la policía. Jamás saldrán con vida del planeta Marte.

—Vendrán los del Comité y le descubrirán —espetó Raquel.

Esta vez fue la morena quien habló, observando: —Cuando nosotros abandonemos Marte, dejándolos aquí,

61

ya nadie podrá venir jamás, porque el planeta quedará desintegrado.

—No hables tanto, Paula —recriminó el propio Lung. —¿Y qué mas da, si después de todo ellos se van a desintegrar con el planeta?

—Eso es absurdo. ¿Cómo va a destruir todo un planeta? —
No es ningún absurdo, profesor —rebatió Lung.

—La caja, la caja que me pidió trajera a Marte... —recordó de pronto Ian Parrish.

—Exacto. En dicha caja venía una bomba nuclear, de starnio precisamente. Gelaud advirtió:

—Una sola bomba no puede destruir un planeta entero. —Una bomba de starnio de gran potencia, sí. Es un millón de veces superior a la ya caduca bomba de hidrógeno, empleada en la Tercera Guerra Mundial. Además, la explosión provocará una reacción en cadena en el filón de starnio puro que hay en la gruta y el planeta Marte se desintegrará, convirtiéndose en miríadas de meteoros de los más distintos tamaños, a los cuales, nadie podrá acercarse. No podrá reco gerse starnio de Marte y yo seguiré controlando el mundo de la energía en la Tierra.

—¿Será capaz de convertir un planeta como éste en una nube de meteoros que vague por el espacio? —preguntó Raquel, incrédula.

—Exacto, ése es mi propósito. Nadie sabrá nada jamás. El período de estancia en Marte para los investigadores, ha terminado. Se está alejando de la Tierra y hasta dentro de dos años no podrán volver a venir, pero para entonces, Marte ya no existirá. Sólo será miríadas de meteoros de distintos tamaños, q ue representarán un peligro para las naves que osen aproximarse. Ustedes han sido los últimos investigadores que han venido. Tras su supuesta marcha, ya no debía de quedar nadie en Marte. Incluso, dentro de un mes, se irán a la Tierra los miembros del control de Fobos y Deimos, aunque es un decir, porque cuando Marte se desintegre, ellos también perecerán. Será un gran espectáculo, que yo contem — plaré desde el telescopio lunar, puesto que conoceré el momento exacto de la explosión. Dejaremos activada la bomba de starnio con un gran reloj de precisión. Para los científicos, no habrá explicación posible a lo sucedido. Nadie com — prenderá por qué Marte se ha desintegrado. Algunos apuntarán como causa el exceso de starnio puro que hay en su interior.

—Lung —dijo Parrish, pensativo y sarcástico a la vez—. Hace rato que en la mente me bulle una pregunta.

—¿Acaso quiere saber algo más de mis proyectos, unos proyectos que usted jamás llegará a ver?

—No, sólo quiero saber cómo regresará a la Luna para ponerse a sa lvo de la explosión.

Lung parpadeó, perplejo.

—Pues en la misma nave que he venido. Por cierto, que es más potente que su

«Crow Ol» que ya está resultando vieja. Ya se lo dije, de venir conmigo se hubiera hecho rico, muy rico.

—El comandante Parrish es un hombre íntegro. Tras el arrebato de Raquel

Garson, Paula comentó:

—Se nota que te gusta, claro que a mí también. Quizá sea complaciente con él antes de abandonaros aquí para la desintegración.

Un destello incontrolado de celos brilló en la mirada de la rub ia teniente.

Ian Parrish, haciendo caso omiso de aquellas últimas palabras, queriendo tan sólo concentrarse para vencer al temible oriental, observó:

—A menos que ustedes sean capaces de pilotar una nave, les será imposible regresar.

—Nos llevará Federov, su colega. El fue quien nos trajo aquí, señor Parrish.

—Es absurdo. Usted sabe que eso es imposible.

—¿Que yo sé? No le entiendo, señor Parrish. ¿Qué es lo que yo tenía que saber?

—Que Federov ha muerto. —¿Es una burla?

—Ignoro qué se propone haciéndose el no enterado, Lung. ¿Acaso sus hombres no le han comunicado lo sucedido? Lung miró a sus secuaces algo preocupado.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —inquirió.

Todos se encogieron de hombros, pero que Federov no estaba allí era obvio.

—A Federov lo he matado yo mismo —anunció Parrish. Raquel se apresuró a corroborar:

—Es cierto. Yo le descubrí y él me atacó tratando de asesinarme. Parrish intervino eliminándolo con su pistola láser. —

No puedo creerlo —gruñó Lung, molesto ante el temor de un problema que no había previsto.

—Alguno de sus hombres le miente, Lung. —¿Por qué?

—Porque cuando regresamos a buscar el cadáver de Federov, éste había desaparecido de donde lo dejamos. —Pudieron herirlo y marcharse por sí mismo — objetó Slamery, el lugarteniente de Lung.

—No, me aseguré de su muerte, y puesto que en Marte no hay nadie más que los que estamos aquí, alguien de ustedes ha escondido el cadáver —apuntó Ian Parrish.

Paula intervino:

—No lo creas, Lung. Está tratando de enmarañarnos y crear complicaciones donde no existen.

—¿Dónde está Federov? —preguntó Lung, secamente. Slamery aclaró:

—Antes me ha dicho que iba a la nave a hacerle una revisión.

—Bien, señor Parrish, ya lo oye. Federov ha ido a la nave. Es usted un hombre sagaz y al darse cuenta de que no estaba entre nosotros ha intentado amedrentarnos, hacernos sospechar de nosotros mismos; en una palabra, escindirnos. «Divide y venderás», una vieja teoría, pero que suele dar buenos resultados. Sin embargo, en esta ocasión no le ha salido bien.

—Federov no regresará porque yo lo he matado cuando él trataba de asesinar a la teniente Garson. Esperará en vano, Lung. Si hay desintegración en el planeta Marte, usted desaparecerá también entre las miríadas de meteoros.

—Imposible, y pronto se lo demostraré. ¡Giang!

—Diga, señor Lung —respondió el más oriental de sus secuaces, adelantándose.

—Ve a la nave y dile a Federov que venga. Quiero demostrar a Parrish que se pasa de listo.

—En seguida, señor Lung.

Giang se puso el casco de supervivencia.

Abrió la puerta de duro plástico y salió al exterior. Apenas habían transcurrido dos minutos cuando, a través del altavoz de la gruta, que no era más que un amplificador de lo que podía escucharse en el interior de cualquier casco de supervivencia, se

escuchó la aterrada voz de Giang.

—¡No, no es posible, no es posible, es monstruoso! i Agggg!

CAPITULO VIII Todos se miraron entre sí, preocupados.

Los breves pero terroríficos gritos de Giang habían tensado el ambiente, poniendo en suspenso el ánimo de los terrestres que se hallaban en el hostil planeta.

—¿Qué le ha ocurrido a Giang? —preguntó en voz alta Lung, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Salga a averiguarlo usted mismo, Lung.

—Parrish, no se pase de listo. ¿Quién más ha venido con ustedes?

—Nadie, absolutamente nadie.

—Le advierto que podemos hacerle hablar en cuanto nos lo propongamos.

—¿Ah, sí? Me causa sorpresa oír sus amenazas, Lung. —Slamery, coge a la chica.

—¡No! —gritó Raquel.

—Si toca un solo cabello a la chica o a cualquiera de nosotros, usted jamás saldrá de Marte, Lung. Ya le he dicho que Federov ha muerto. Ahora no tiene piloto astronauta que le saque del atolladero.

Lung frotó brevemente sus dientes, los unos contra los otros, unos dientes pequeños pero afilados como los de un roedor.

—Si es cierto que Federov ha muerto, usted nos regresará a la Luna, señor

Parrish. Ahora le considero como mi más preciado invitado.

—¿Y si me niego?

—A poco que me lo proponga hallaré mil formas distin

tas de obligarle a obedecer. ¿Acaso olvida que están en mis manos?

—Lung, ¿qué hay en el exterior?

El oriental miró a su bella acompañante.

—No te pongas nerviosa, Paula. Lo de afuera no puede ser muy peligroso. Tenemos armas.

—También las tenía Giang, y, por lo visto, no ha podido ni defenderse.

—Es usted pesimista, señor Parrish.

—Creo que tiene miedo, Lung. Si no lo tuviera saldría de la gruta.

—¿Para qué? No tengo prisa. —Se volvió hacia los científicos e inquirió—: ¿Quién creen que está ahí afuera, profesores?

Gelaud y Williarson se miraron entre sí, perplejos. Fue Williarso n el primero en hablar.

—Por lo que hemos podido deducir de las escasas palabras de

Giang antes de que se hiciera el silencio, no tenía enfrente a un ser como nosotros.

—No estarán tratando de alimentar la estúpida teoría de que en Marte hay marcianos, ¿verdad? Eso quedó bien a principios del siglo XX con los cuentos de H.J. Wells, pero todo esto quedó superado. Ha quedado demostrado que no hay vida en Marte, si excluimos unas plantas primarias que en invierno mueren y renacen con las lluvias de la primavera marciana.

Gelaud explicó:

—Nosotros constituimos una expedición zoocientífica para estudiar las posibilidades de vida animal en Marte y vida animal no quiere decir que sean marcianos inteligentes con platillos voladores, etcétera.

—Ya. Ustedes están aquí para averiguar si hay musarañas o no. Una solemne estupidez. No comprendo cómo el Comité Mundial del Espacio dilapida su dinero de esta forma.

—Lung, no se pase de listo. Los profesores Williarson y Gelaud tienen sus teorías fundamentadas en filmaciones de alta sensibilidad que han sido tomadas en este sector del globo marciano.

—¿Y qué había en esas filmaciones?

—Manchas, unas manchas que se hallaban debajo del hie lo polar.

—Si estaban debajo del hielo no querrán hacerme creer que que una de esas manchas está ahí afuera devorando a uno de mis hombres después de comerse el cadáver de Federov, ¿verdad?

Parrish medió:

—Los profesores sólo quieren decirle que pusieron una caja térmica para deshacer el hielo. Que pasaron muchas horas y cuando regresaron, el hielo se había fundido y el agua estaba tibia.

Paula preguntó con rapidez: —¿Y la mancha?

—Ha desaparecido. ¿Verdad, profesores?

—Así es, Parrish, aunque parezca incomprensible.

—Yo no soy zoólogo, sólo soy un astronauta, un hombre del espacio, pero corríjanme si estoy equivocado.

Lung, molesto, gruñó:

—¿Adónde quiere ir a parar con sus deducciones? —Escuche.

Si un ser vivo estaba en el hielo podía ser en estado de hibernación, una forma de escapar a la muerte por hambre durante el invierno, ¿no es cier to?

—Sí, hay animales que realizan esa hibernación en la pro pia Tierra, en mayor o menor grado, desde mamíferos a insectos —aceptó el profesor Gelaud.

—Bien. Un extraño y desconocido ser se hallaba bajo el hielo, sujeto y dormido, pero una caja térmica derrite el hielo que lo encierra. Calienta el agua a su alrededor y el ser despierta. Es como si para él hubiera llegado el buen tiempo, el tiempo de salir del agua y desplazarse por el planeta. —¡Qué horror! —casi chilló Paula.

—Cállate, estúpida —le espetó Lung.

—Ese extraño ser ha creído que está en el buen tiempo para él. Sale a las rocas y no encuentra nada que comer. Supongo que debe nutrirse de plantas o de todo lo que encuentre, que en Marte es decir plantas otra vez, ya que se supone que no existe vida animal. Pero no hay plantas y siente la necesidad imperiosa de alimentarse. Tropieza con un

cadáver humano y lo devora. Le va bien como comida, y ahora, al salir Giang, se ha tropezado con él. Ha sido igualmente devorado por ese ser que forzosamente debe alimentarse.

Williarson y Gelaud volvieron a mirarse y ambos asintie ron con la cabeza. Fue Williarson quien opinó:

—La teoría parece correcta. Si había un ser allí, todo lo que usted ha deducido es perfectamente lógico.

—Pues bien; ahí afuera debe de haber un monstruo esperando a que salgamos para seguir nutriéndose en el frío invierno marciano, y como se impaciente, hasta es posible que trate de romper la puerta de la gruta para venir a buscarnos. —¡No! —gritó Paula, asustada.

Como respuesta obtuvo un empujón de Lung, que la lanzó al

suelo.

Raquel Garson, instintivamente, se aproximó a Ian Parrish y se cogió de su brazo.

—Slamery, ¿ves algo en el exterior?

El lugarteniente pegó sus ojos al duro plástico transparen te y denegó con la cabeza.

—No, sólo se ven rocas. —¿Ni rastro de Giang? —En absoluto.

Lung se volvió hacia los profesores. —¿Cómo era ese monstruo, qué huellas deja? —No sabemos nada sobre él, a excepción... —¿De qué?

—Pues que tiene un color pálido muy semejante al hielo. De no filmar se con película de alta sensibilidad no se hubiera advertido su presencia.

—¿Y qué más?

—Que debe de medir unos cinco o siete metros y que es de forma ovoide o elíptica.

—¿Cinco o siete metros? ¡Es enorme, debe de ser horro roso! Yo no quiero ser devorada.

—¿Es lo que pretendían, señor Parrish? ¿Provocar el pá nico? Fíjese en la histérica de Paula.

—No quería provocar el pánico, Lung; sólo puntualizar nuestra posición. Dos de sus hombres han desaparecido de forma muy misteriosa. ¿Quién será el tercero?

—¡Nadie! —exclamó Lung—. Saldremos todos agrupados y con las armas dispuestas y si esa cosa nos sale al paso, la mataremos.

—Hay que estudiarla.

—A1 diablo con los estudios, profesores. Hay que liquidarla o nos devorará a todos.

—¿Por qué no gritará? —preguntó Slamery. —Posiblemente, ese ser ni tenga cuerdas vocales —opinó el profesor Gelaud.

—¿Y por qué no se le ve? —inquirió Lung. Fue

Ian Parrish quien sugirió:

—Puede que posea facultades miméticas.

—¿Mimetismo? —repitió el profesor Williarson—.

No se me había ocurrido. Gelaud confirmó:

—Pero es muy posible que las tenga. Si se coloca entre las rocas, a nosotros nos puede parecer una roca más. Si está en las arenas, puede que tome su color anaranjado como adquirió el del hielo.

—Sin embargo, por muy perfecto que sea su mimetismo, hay una posibilidad de descubrirla ——dijo el profesor Williarson.

—¿Cuál? —exclamaron todos al unísono, en medio de una gran tensión, al tiempo que miraban al exterior con recelo. —Con el visor ultrasensible de infrarrojos.

Lung, más pesimista, objetó:

—Si es de sangre fría no se le podrá detectar.

—Si ha devorado a dos hombres, la sangre caliente de éstos le habrá hecho aumentar unos grados de temperatura, que por pocos

que sean, serán captados por el visor de infrarrojos.

—Pues, ¿a qué esperar? ¡Traigan de inmediato ese visor! —ordenó Lung.

—Lo lamento, caballeros, pero el visor está en la gruta, junto con el resto de utensilios de investigación —dijo Williarson, encogiéndose de hombros.

—¡Maldita sea! ¿Existe alguna forma rápida de ir a esa gruta?

—Envíe a uno de sus hombres, Lung.

Los tres secuaces de Lung, automáticamente, dieron un paso atrás.

—Parrish, aquí no ha sido visto a nadie. Sólo ha desapa recido Giang. Usted ha provocado el pánico, ha fabricado un monstruo marciano en las mentes de todos, un monstruo que nadie ha visto ni oído. Se está saliendo con la suya, ¿verdad?

—Alguien sí lo ha visto —corrigió Parrish. —¿Quién?

—Su secuaz Giang, antes de desaparecer.

—¿Y cómo lo ha visto si el monstruo, según las teorías de ustede s, es mimético?

El profesor Williarson, aclaró:

—La mayoría de las veces, el mimetismo no se obtiene de forma inmediata. Puede tardarse desde un segundo a varios minutos, depende de las facultades que posea el ser para desarrollar esta facultad. Por supuesto, cuanto más grande sea, más tardío debe hacerse el cambio y la posibilidad de verlo puede ser al pasar de las arenas anaranjadas, cuyo color habría tomado, al grupo de rocas o viceversa.

—Son muy hábiles atando cabos —masculló Lung—. Señor Parrish, aunque por ahí fuera ande algún monstruo, no va a escapar. Usted nos devolverá a la Luna en la nave de Federov, que es más potente que la «Crow O1» y de mayor capacidad de carga.

—¿Acaso continúa con la idea de cargar la nave de starnio?

—¿Y por qué no? He hecho doblegar a muchos hombres y no voy a doblegarme yo ahora ante un monstruo marciano, que no sé realmente si existe.

—¡Yo no salgo! —gritó Paula—. ¡Yo no salgo, habiendo un monstruo ahí fuera!

—Al parecer, no hay opinión unánime, Lung.

—Cuando yo estoy en alguna parte, no es preciso que haya unanimidad ni acuerdo. Yo decido y se me acaba de ocurrir una feliz idea.

—¿Cuál? —inquirió Parrish.

—Slamery, esposa a la chica y a los profesores.

—Le advierto, Lung, que si los toca no volverá jamás vivo a la Tierra.

—No amanece, señor Parrish. Si yo no regreso, nadie lo hará, ¿entendido? De modo que las cosas están a la par. Yo les tengo prisioneros y usted es el único que nos puede sacar de Marte.

—¿Estamos a la par?

—Bueno, lo cierto es que no, señor Parrish. Entre usted y yo existe una gran diferencia. Usted no deja morir a nadie, en cambio, a mí me importa muy poco, porque estoy acostumbrado a ver el dolor ajeno, de modo que, Slamery, obedece.

Parrish se sintió impotente. Hubiera querido comenzar a golpear, pero ahora las armas no le apuntaban a él, sino a Raquel Garson y a los profesores, que fueron esposados y apartados de él.

—¿Qué conseguirá ahora, Lung?

—Algo importante. Therence, Slamery y usted saldrán de aquí con mochilas cargadas de starnio, que transportarán a la nave «Zeta 2T». Depositarán la carga y regresarán a la gruta. Con algunos viajecitos que hagan de esta forma, nos podremos llevar a Marte todo el starnio que pueda y, en el último viaje que emprendamos todos hacia la nave, activaré el reloj de la bomba que desintegrará el planeta.

Therence objetó:

—¿Y el monstruo que anda por ahí?

—Seréis tres y Slamery y tú iréis armados con el láser. Además, los tres tenéis buenas piernas. Confío en que sabréis ir y volver. Giang iba solo. Ah, y si liquidái s a ese supuesto monstruo, tendréis una recompensa extra. Ya sabéis que Lung es generoso cuando se lo propone.

Ian Parrish miró preocupado a Raquel, mas no le quedaba otra alternativa que obedecer. Kovak, el tercer secuaz de Lung, custodiaba a los prision eros muy cerca con su pistola.

—De acuerdo, seguiremos el juego de cargar el material —aceptó Parrish, dándose a sí mismo un tiempo para pensar un plan

que les permitiera escapar de las garras de Lung.

CAPITULO IX

Ian Parrish sabía que su vida en aquellos instantes era preciosa y no podía arriesgarla. De entre todos los que se hallaban en el planeta Marte, él era el único piloto astronauta que podía tripular una nave interplanetaria.

Como recurso desesperado, a Lung le quedaba pedir auxilio a los controles de Fobos y Deimos, pero no lo haría porque ello significaba su procesamiento por asesinato del astronauta Antoine, homicidio frustado del propio Ian Parrish, soborno a las autoridades del Comité Mundial del Espacio, llegada clandestina a Marte, pese a la prohibición existente, robo de starnio e intento de destrucción del planete, amén de secuestrar a la misión científica. Lung iba a pa sarlo mal con tantos cargos en su contra, por ello jamás pediría ayuda a Fobos y Deimos, aunque tuviera que desintegrarse con el mismísimo planeta.

Con las mochilas cargadas del pesado metal. Slamery, Therence y Parrish abandonaron la gruta climatizada.

Ya en el espacio exterior, protegidos por los cascos de supervivencia, Slamery y Therence quedaron con sus pistolas en la mano y con ellas empujaron a Parrish.

—Usted delante, y no cometa la tontería de querer escapar. Ya sabe que la chica y los profesores morirían de forma desagradable.

Ian Parrish echó a andar. ¿Estaría la monstruosa bestia mimetizada entre las rocas o en el suelo arenoso, esperando que cayeran en sus fauces?

No conocía el miedo, pero hubiera preferido tener su pis tola láser en la mano.

—¿Está muy lejos la nave «Zeta 2T»?

A la pregunta de Parrish, formulada a través del casco, Slamery respondió:

—No, no está muy lejos de aquí. Federov tomó suelo cerca de la gruta, detrás de unos peñascos, un lugar poco **visible para los potentes visores controles** de Fobos y Deimos. No pueden descubrirnos y cuando nos saque del planeta Marte, tendrá que

hacerlo también de forma que nadie nos descubra.

—Eso será difícil. Fobos y Deimos van a extrañarse de que la misión científica no dé señales de vida.

—Para entonces será tarde, muy tarde. Nosotros estare mos lejos.

—¡Eh, miren ahí, a la derecha!

De pronto, en sus cascos retumbó la voz de Lung, que podía escucharles desde la gruta.

—¿Qué ocurre?

Ian Parrish observó: —Eso, es la cosa. —¡Es monstruoso! —exclamó

Slamery. —Vamos, díganme cómo es, de qué se trata.

—Es una masa enorme, repugnante, sin forma fija, puesto que la cambia moviéndose, como si respirara —explicó Slamery balbuciente.

Parrish observó:

—Carece de ojos, boca o cabeza. Es todo una masa. —Con cientos de patas como tentáculos, no muy largos y algo delgados, que casi recubren su cuerpo en todas direcciones.

—¡Atención, Lung, atención; habla Parrish! —¿Qué diablos pasa ahora? — gritó el oriental.

—Dígale a los profesores que se comuniquen conmigo. Les daré una descripción de este ser que tenemos delante y que ahora cambia de color, pues está cogiendo el de las arenas. A1 parecer nos observa sin atreverse a atacarnos, como si al ser tres sintiera inquietud, pero es posible que se balan cee con su gran masa de siete metros de altura y nos aplaste.

Hubo unos instantes de silencio. Parrish, Slamery y The rence se habían quedado quietos. Aquella cosa les interceptaba el paso en dirección a la nave. A1 fin, se escuchó la voz del profesor Williarson.

—Hable, Parrish, le escuchamos.

—Profesores; ahora ya no vemos a esa cosa monstruosa, pero está delante de nosotros. Se ha mimetizado en la arena.

—¿Sus tentáculos también?

—Sí. Cualquiera diría que no hay nada y, sin embargo, sabemos que está ahí. Si siguiéramos caminando nos meteríamos de lleno entre sus tentáculos y se apoderaría de nosotros.

—Parrish —interpeló ahora el profesor francés Gelaud—, ¿le recuerda a algo conocido?

Parrish dudó un instante. A1 fin, dijo: —Me recuerda a mis tiempos de estudiante. —¿Cómo?

—Sí, cuando observaba los microorganismos existentes en el agua, a través de un microscopio. Es como una molécula gigante, pero no podría decirle a qué tipo pertenece; no soy bioquímico.

—Es fantástico lo que cuenta, Parrish. Una macrocélula, un ser vivo, totalmente primario, pero gigantesco por las condiciones de su aparición sobre el planeta Marte. Quizá el primero y único signo de vida animal en este planeta. Una cé lula viva, que en vez de multiplicarse en cadena para formar nuevos cuerpos, ha ido creciendo hasta adquirir un tamaño gigantesco —comentó Williarson.

El profesor Gelaud intervino:

—Por lo que explican, opino que es un pariente gigante de la ameba terrestre. Tiene todas sus características. —Algo así, profesor. No puedo concretar más, pero me da la impresión de que es una macrocélula.

—En ese caso, resulta peligrosísima —advirtió Williarson—. Esos seres primarios lo devoran todo. No piensan, no tienen cerebro, ni siquiera órganos. Toda su masa forma un sólo órgano. Si les atrapa les introducirá en su masa, que debe ser gelatinosa, y allí los digerirá para nutrirse. Es un ser que no siente la muerte y que precisa alimentarse. En cuanto exista la más mínima posibilidad de comer se les echará encima, no lo duden.

—Slamery, Therence, ¿a qué esperan? ¡Destrúyanlo, ya han

oído, es peligrosísimo!

—De acuerdo, señor Lung, vamos a destruirlo antes de que nos devore y desaparezcamos como Federov y Giang. Slamery y Therence apuntaron con sus láser en la dirección donde creían que se hallaba la ameba.

Brotaron los rayos, saltaron destellos de luz en todas direcciones, miríadas de chispas que les cegaron momentáneamente.

El monstruo monocelular se movió, partiéndose en varios pedazos.

—¡Le hemos dado, le hemos dado! —gritó Therence, contento.

—Sí, lo han dividido, pero fíjense, los trozos no han muerto, sólo lo han multiplicado.

Los profesores, que permanecían atentos a cuanto se hablaba frente a la ameba, dijeron:

—Los seres de tipo celular primario se reproducen por sí mismos. Carecen de sexo, crecen hasta que se parten y entonces forman nuevos seres, que deben engordarse de nuevo para luego partirse y formar cuatro. Así sucesivamente.

—Maldita sea, han formado tres monstruos en vez de uno. Han aumentado el número de enemigos —masculló Parrish. —Corramos a la nave, nos pondremos a salvo en ella. Quizá esa bestia se desplace lentamente y no nos atrape. —Los lásers no sirven contra ellos.

Corrieron en dirección a la «Zeta 2T». Mientras, aquellas macrocélulas habían tomado rápidamente la forma ovoide de la anterior. Ahora eran más pequeñas, pero tres.

Una de las amebas cortó el paso a Parrish, pero éste, aprovechando la débil gravedad del planeta y gracias a su potente musculatura, pese a la carga de la mochila, saltó limpiamente por encima del monstruo marciano, que tendió sus tentáculos hacia él, intentando atraparlo.

—¡La nave está cerca! —gritó Slamery—. ¡Hay que ponerse a salvo!

Therence quedó rezagado. De súbito, haciendo volver sus cabezas a los

compañeros, gritó:

—¡Socorro, me ha atrapado, salvadme!

Therence se debatía aparentemente sobre la arena anaranjada. La bestia no podía verse, ya que había tomado el color de la arena, pero era obvio que Therence estaba atrapado por sus tentáculos.

Slamery apuntó con su láser, mas Parrish le contuvo. —No dispare o tendremos más enemigos. Ya sabe que el láser sólo divide la célula, no la mata. Multiplicaremos los enemigos y no salvaremos a Therence.

Therence fue desapareciendo como tragado por la arena, cuando en realidad, había sido engullido por el cuerpo gelatinoso del monstruo macrocelular.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Lung, desde la gruta. Slamery gritó:

—¡Therence ha sido devorado por una de las bestias, ya que ahora son tres!

Ian Parrish descubrió la nave y corrió hacia ella. —Vamos, arriba, antes de que nos atrapen a nosotros también.

Por la escalerilla, treparon rápidamente hacia la escotilla de entrada. J unto a ella había un resorte que, accionándolo, abría la compuerta, dejándoles el paso libre.

Dos de aquellas extrañas amebas les habían seguido hasta el pie de la nave. Ellos eran los únicos y posibles alimentos a su alcance.

Cuando Slamery hubo entrado en la nave, Parrish le disparó un puñetazo que lo alcanzó en el mentón. Lo derribó, saltando sobre él de inmediato.

Ambos lucharon por la posesión del láser.

Parrish, hábil peleador, propinó un fuerte codazo que noqueó a Slamery, al alcanzarle en la nuca. Tomó la pistola y se volvió hacia la puerta.

—¡Maldición!

Una de las bestias, feroces devoradoras de alimento, estaba en la escotilla. En apariencia no podía pasar por ella, pero Parrish estaba convencido de que la macrocélula, caren

te totalmente de osamenta interior, tomaría la forma de la

escotilla y se introduciría en la nave. Si eso sucedía, él y Slamery estarían perdidos.

Sin pensarlo más, disparó el láser.

La ameba se partió y, tal como había calculado Parrish, cayó hacia atrás. Se apresuró a cerrar la escotilla. Fuera, había ya más bestias hambrientas, pero por lo menos había escapado a ellas.

Slamery comenzó a incorporarse. Parrish le apuntó con la pistola.

—No cometa ninguna tontería, Slamery. Quien manda en la nave soy yo.

—Si me mata, Lung terminará con los prisioneros. —Ahora, Lung importa poco. El peligro reside en esas bestias. ¿Cómo cree que Lung va a llegar a la nave, estando esos bichos abajo? No podemos nada contra ellos, ya que el láser, lo único que hace es multiplicarlos.

—Atención, Slamery, atención, estoy escuchando —advirtió Lung.

—Pues si nos ha oído, ya sabe cuál es la situación, Lung. Yo tengo un arma y controlo a Slamery.

—Le advierto, Parrish, que si no obedece y se le ocurre dar una sola señal a los controles de Fobos y Deimos pidiendo ayuda, todos nos iremos al infierno, incluyendo los controles. Pienso hacer estallar instantáneamente la bomba de starnio y desintegraré el planeta.

—No diga estupideces, Lung. Se mataría usted mismo. —No me importa. Obedezca o no verá más a la chica y a los viejos.

—No le daré el arma a Slamery, Lung. Conténtese con que de momento no llame a los controles —dijo Ian Parrish, que no deseaba llevar a Lung al límite de la locura.

—¿Para qué quiere el arma, entonces?

—Me siento más seguro con ella en la mano. Ahora hay que pensar algo para esas bestias de fuera. Creo que son cuatro en estos momentos y cuantos más disparos les hagamos, más habrá. Aunque de tamaño inferior, no me gustaría que se me echaran encima. He visto desaparecer dentro de su cuerpo a Therence y no debe resultar agradable, se lo juro.

CAPITULO X

—Slamery, quítese el casco. —¿Por qué?

—Obedezca. No tengo tiempo que perder.

Molesto, Slamery, se despojó del casco de supervivencia. De este modo quedaba cortada la comunicación con su jefe Lung.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que amarrarle y voy a hacerlo por su bien. Po dría matarlo, de este modo habría uno menos, pero me contentaré con atarlo. Siéntese en esa silla.

Mascullando por lo bajo, Slamery ocupó una de las sillas fijas en el sue lo de la nave espacial.

Parrish tomó el cordón umbulical que servía a los astro nautas para salir al exterior de la nave cuando se hallaban en viaje espacial y fuera de toda gravedad. Con dicho cordón, sujetó fuertemente a Slamery al asiento.

—Bien, creo que así no va a moverse. Lung ya no tiene tanto poder. Sólo quedan Paula y su otro secuaz.

—Lung se saldrá con la suya. Tiene a la chica y a los profesores.

—No por mucho tiempo, voy a ir a rescatarlos. Después, los entregaré a todos al control de Fobos y Deimos. —¿Que va a rescatarlos? —Slamery rió, pese a su apurada situación—. En cuanto salga de la nave, esos monstruos lo devorarán, como a Giang o Therence.

—Es posible, pero me arriesgaré.

—Son cuatro —advirtió Slamery—. Incluso, al caer al sue

lo, puede haberse roto y formado más seres. Según su profesor, se reproducen rompiéndose y engordan de nuevo.

—Sí, y continuando la cadena, los habría a millares, pero hay pocos de esos monstruos en Marte. Debe de ser porque tienen poca comida y se mueren d e hambre.

—Pues si sale de la nave, van a tener alimento. —¿Qué pretende, Slamery, asustarme?

—Vamos, Parrish, hágale el juego a Lung y será rico. Tendrá una nave nueva.

—Cierre la boca, Slamery, me ensucia los oídos con sus intentos de soborno. Parrish se dirigió al puente de mando. A través de la radio, comunicó:

—Voy a poner en marcha parte de los motores de la «Zeta 2T», pero únicamente para que el calor de las llamas ahuyente a esos monstruos y pueda salir de la nave y acercarme a ustedes, de modo que no teman, si oyen ruido de motores. — De acuerdo, Parrish. ¿Y Slamery? —inquirió Lung. —Está bien acomodado en la nave, no se preocupen de él. Ian Parrish pulsó el botón rojo y los motores entraron en

ignición. Una poderosa fuente térmica brotó por su base, tostando las arenas y eliminando cualquier elemento orgánico que pudiera haber en un radio de cien metros. Después, detuvo los motores y opinó en voz alta:

—Es francamente fácil manejar esta nave. Botón rojo, luego arriba y, finalmente, el control automático. Lo siento por Federov. Podía haber vivido bien sin tener que dejarse sobornar.

Ian Parrish, llevándose la pistola, se ajustó de nuevo el casco de supervivencia. Ya libre de la mochila con el starnio, se dirigió a la escotilla.

Esta se abrió tras accionar el resorte. Descendió la escalerilla, agarrándose a ella cuidadosamente. A medida que bajaba, el acero estaba más y más caliente, hasta que se vio obligado a saltar para no abrasarse.

Cayó sobre la arena, también caliente, y agradeció la suela de las botas, que preservaba de quemaduras, dado su grosor.

Pese a llegarle el aire filtrado, notó un hedor fuerte y picante. Miró en derredor.

—Bueno, ya no son cuatro, sino tres.

Una de las extrañas bestias marcianas estaba carbonizada. La onda térmica de los motores de la nave !a había alcanzado de lleno, abrasándola.

Salió de las arenas calientes para recibir como contraste el viento gélido del polo marciano. Debía de ir con cautela. Quedaban otras tres macrocélulas.

El mimetismo de las amebas las hacía altamente peligrosas. Podía creer que caminaba por las arenas y meter sus pies de lleno en la masa gelatinosa, que lo absorbería de inmediato, para digerirlo sin posibilidad de escape.

Las amebas carecían de cabeza, boca, ojos o cualquier órgano. Era i nútil que la cortara en pedazos o la atravesara con el láser, no había posibilidad de vencerlas. Debía sortearlas mediante su velocidad de piernas, su agilidad de músculos.

A1 parecer, el excesivo calor las había asustado, si es que aquellas macrocélulas tenían capacidad de asustarse. Lo cierto era que no se hallaban frente a él, o por lo menos, no las veía.

Buscó lugares difíciles para caminar, lugares donde suponía que no se aposentarían. De pronto, en la arena, descubrió algo

horrible, nauseabundo.

Una de las bestias monocelulares estaba allí, gorda, gelatinosa, repugnante. Ahora, sin capacidad de mimetismo, había tomado un color verde amarronado.

«Está muerta, no cabe duda», se dijo.

Parte de la célula había entrado en reacción irreversible de desc omposición, licuando parte de su cuerpo, que quedó transformado en un líquido viscoso que resbalaba sobre la arena anaranjada.

Therence estaba muerto, como atacado totalmente por un fuerte ácido. Estaba empapado del repugnante líquido y era irreconocible, pero estaba allí. Por lo visto, la bestia había sido incapaz de digerirlo.

i «Qué extraño... Con Federov y Giang no ha sucedido lo mismo y Therence no deja de ser un humano como ellos. Si los humanos resultáramos venenosos para esas bestias, deberían haber más muertas, pero no, sólo Therence ...»

Ante el peligro de que apareciera otra de aquellas bestias, Parrish no perdió el tiempo en reflexiones y siguió corriendo hacia la gruta.

A1 fin, quedó frente a ella. Quedó perplejo al ver su puer ta abierta.

«Si una de las amebas se ha introducido en la cueva, Ra quel y los demás estarán perdidos... »

Corrió hacia la gruta y cerró la puerta plástica. Al fondo de la sala se hallaban

Raquel

y los

dos

profesores.

—¡ Ian!

—¡Raquel! ¿Y Lung y los demás?

—Apenas hace un minuto que se han marchado. —¿Adónde?

—A la nave. —¿A qué nave? —Pues, a la «Zeta 2T» —aclaró Williarson.

—¿Y qué van a hacer allí?

Raquel respondió: ' —Hemos oído por el micrófono cómo comentabas que, era fácil pilotar la nave y a Lung le ha parecido un a solución. —Ese tipo es estúpido. Que un piloto astronauta diga que una nave es fácil de pilotar y mediante automáticos, no quiere decir que cualquiera lo consiga de buenas a primeras. Mientras Ian Parrish se aproximaba a ellos, buscando el medio de

librarles de las manillas de acero que los sujetaban a una barra colocada en la pared, Raquel indicó:

—Antes de alejarse, Lung ha ido al interior de la gruta. —¿A recoger más starnio?

—No. Ha salido con las manos vacías, pero ha dicho que ya estaba todo listo. Creo que se refería a la bomba nuclear de starnio.

—Eso sería horrible. No lo digo sólo por nosotros —observó el profesor Gelaud—, porque todo un planeta destruido, teniendo en cuenta además sus posibilidades con respecto al starnio, sería catastrófico. Toda la humanidad podría vivir de este mineral. Ya no habría más frío ni más calor. La energía estaría garantizada en los viajes. Una vida más prós pera para nuestra civilización terrestre que se perdería. —Exacto, profesor, y no vamos a dejar que Lung se salga con la suya.

Parrish sacó su pistola láser y, hábilmente, seccionó con ella las cadenas que unían las esposas de durísimo acero, libertándolos.

—En otra ocasión, les quitaré las pulseras. De momento, creo que es suficiente.

—¿Y ahora, qué?

—Debemos detener el reloj de disparo automático de la poderosa bomba de starnio. Quisiera decirles que se marcharan a algún lugar...

—¿Adónde? —preguntó Raquel—. ¿A la estratosfera marciana?

—Lo lamento, pero al tiempo que arriesgo mi vida debo arriesgar la de us tedes. Si la bomba explota allí dentro, ni ustedes ni nadie se salvará. Esperemos que pueda desmontarla.

—Yo te acompaño.

—Y nosotros no vamos a quedarnos aquí —dijo el profesor Williarson.

—Pues, en marcha. Todos hacia el interior de la gruta y que Dios nos proteja.

Se internaron en la gruta cada vez más angosta, si bien estaba

perfectamente iluminada. En sus paredes podían verse las vetas del codiciado metal de starnio.

La gruta descendía y la caja conteniendo la bomba no .debía de ser muy grande, ya que la habían transportado entre cinco o seis hombres a lo sumo. En el suelo aparecían huellas de haber sido arrastrado algo.

—¡Miren, allí está! —exclamó Raquel.

Una sala mucho más pequeña que la anterior y casi circu lar se abría frente a ellos.

En el centro de la misma, sobre una profunda sima, habían colocado unas vigas de acero, cruzando el pozo natural. Una soga hacía que la caja pendiera perpendicularmente hacia el centro del planeta.

—Sí, ahí está —dijo Parrish, siendo el primero en llegar junto a la sima—. La han colocado lo más estratégicamente que han podido para que causara el máximo de destrucción. —Pero me temo que será imposible desmantelar la bomba. Fíjense que el reloj está colocado sobre la caja y la caja pendiente en el vacío, sostenida por la resistente soga sintética.

—Lo mismo que se ha arriesgado Lung para conectarla, tendré que arriesgarme yo para desconectar el mecanismo de disparo, si es que Dios me ayuda y la bomba no posee un mecanismo ultrasensible, que con sólo tocarla haga explosión.

Parrish se situó sobre la viga férrea, dispuesto a salvar de la total destrucción al planeta Marte y con él, sus propias vidas.

CAPITULO XI

Lung, el poderoso financiero, estaba muy nervioso. Todos sus planes se estaban torciendo. De hallarse en la Tierra o quizá en la base lunar, hubiera tenido de inmediato a gente dispuesta a ayudarle, sus secuaces estaban en todas partes. Era como el mismísimo cáncer. Se había introducido en todas partes y resultaba dificilísimo de extirpar.

Kovak miró en derredor, desasosegado.

—Esos monstruos que han descrito, pueden salir en cualquier instante.

La observación la había hecho a través de su emisor—receptor, del que habían cambiado ya la onda, para que sus conversaciones no fueran captadas por Parrish.

—Esas bestias habrán ido tras de Parrish. Nosotros hemos tomado otro camino para arribar a la nave.

Avanzaban aprisa, pero mirando a su alrededor. Paula estaba al borde de la histeria.

—No escaparemos, no escaparemos... —repetía.

—Sí escaparemos, estúpida. Ellos serán quienes no escapen. La bomba estallará dentro de media hora. Tenemos tiempo de llegar muy lejos con la nave. También desaparecerán los controles de Fobos y Deimos, y nadie sabrá jamás de nosotros. No me llevo todo el starnio que había acumulado, pero con dos mochilas que ya hay en la nave y la que lleva Novak, saldré adelante. Lo más importante es que Marte quede destruido y no se derrumbe mi imperio del starnio sintético en la Tierra.

—Ese Ian Parrish acabará con nosotros.

—Las bestias marcianas terminarán con él —rió Lung, nerviosamente—. Deben de estar acosándolo.

A Kovak se le ocurrió preguntar: —¿De veras sabremos manejar la nave?

—No seas imbécil, es facilísimo. Sólo hay que poner los motores en marcha, alcanzar la órbita marciana, programar el rumbo de la Tierra en la computadora y conectar el piloto automático. El resto, se hará solo. Todos vimos cómo a Federov no le costaba nada manejar la nave, es más, existe un catálogo de emergencias para gobernar la nave en circunstancias difíciles, por accidente del piloto. En cuanto a la computadora, no es de las complicadas y todos sabemos cómo se maneja. Hay que llegar a la nave, el resto será fácil.

Podían ver ya parte de la «Zeta 2T», emergiendo entre peñascos, aguda y esperanzadora.

—¡Las bestias!

Kovak gritó, al ver a las dos macrocélulas rodar por unos peñascos, cortándoles el paso, estirando y encogiendo sus centenares de tentáculos. Una cosa semejante, sólo podía verse en la Tierra a través de un microscopio, como bien había opinado Ian Parrish.

Kovak hizo intención de dispararles, pero Lung le contuvo, cogiéndole del brazo.

—Quieto. Si les disparas no las matarás, sólo lograrás multiplicar nuestros enemigos.

—¡Tengo miedo! —chilló Paula.

—Hay que pasar entre ellas y llegar a la nave.

—¿Cómo? —preguntó Kovak, viendo cómo las macrocélulas desaparecían de su vista en un perfecto mimetismo, al adquirir la coloración de las arenas anaranjadas.

—¿Qué hacemos ahora, Lung? Nos han cortado el paso hacia la nave.

—Ellas no ocupan todo el arenal —observó Lung, molesto.

—¡Miren, allí hay una bestia de esas, pero muerta! —exclamó Kovak, señalando la que descubriera Parrish al salir de la nave.

—Ojalá pudiéramos quemar a las otras.

—¿Cómo sabremos por dónde hay que pasar para no tropezar con esas bestias? — inquirió Paula, angustiada. —Hay que probar suerte —indicó Lung.

Kovak le miró preocupado. —¿Cómo?

—Esas bestias están delante de nosotros y sólo hemos visto dos.

Paula, pegándose materialmente a Lung, balbució: —¿Qué quieres decir?

—Que ellas son dos y nosotros tres. Kovak masculló:

—No estará pensando que muramos nosotros para salvarse usted, ¿verdad?

Lung sacó su láser rápidamente y sorprendió a Kovak, apuntándole, al tiempo que le quitaba su arma.

—¿Qué hace?

—Nada, sólo quiero ser obedecido. —¿Cómo?

—Vas a correr hacia la escalerilla de la nave. Tendrás tu oportunidad de salvación

como los demás. Correremos uno a uno.

—Y usted, el último para salvarse, ¿no?

—Imbécil, ser el último es lo más peligroso. Las bestias pueden quedar junto a la escalerilla de la nave. ¿Cómo subo yo, entonces?

—Está bien, está bien correré. Sólo queda esa posibilidad, porque si nos descubre

Parrish, habrá un enemigo más a tener en cuenta.

Kovak echó a correr hacia la nave sobre las arenas todavía calientes. De súbito, tropezó con algo que se había interpuesto a su paso.

—¡Socorro! —aulló, desesperado. —Ahí hay una —masculló Lung. —

¡Qué horror, está desapareciendo! —Vamos, estúpida, corre.

—¿Quién, yo? — balbució Paula, tragando saliva.

—¿Y quién si no? Sólo estamos tú y yo. Vamos, corre. Ahora ya conoces la posición de una de las bestias. —Tengo miedo...

Lung la empujó brutalmente, y la mujer cayó al suelo. Le disparó con el láser, cortando los cordones que unían el casco con la pila de supervivencia.

—¡Si no corres, te mueres, Paula, te mueres! Debes ir a la nave, te queda poco aire para respirar!

Paula se levantó y echó a correr, apartándose del lugar donde Kovak estaba siendo devorado por una de las gigantescas amebas.

De pronto, sintió cómo algo la tocaba. Gritó desesperada, pero multitud de tentáculos la atraparon, atenazándola y envolviéndola.

—¡Socorro, Lung, socorro, auxilio!

La extraña bestia abrió su masa gelatinosa y el cuerpo de aquella hermosa mujer morena, plena de juventud y atractivo, quedó envuelto en la gelatina, que comenzó a asimilar su carne como alimento.

«Bien, ya sé dónde están las dos», rió Lung, contemplando a las bestias, que terminaban con Kovak y la muchacha. Corrió con toda su alma. Jadeó, pero no se detuvo ni para buscar aliento.

Cruzó entre las dos macrocélulas marcianas y, sin ser atrapado, llegó a la escalerilla de la nave. Subió y pulsó el resorte que abría la portezuela, penetrando en la nave.

Se quitó el casco y, en el aire climatizado de la «Zeta 2T», respiró jadeante, dejándose caer al suelo, incapaz de sostenerse a sí mismo.

—;Magnífico, Lung, ha logrado escapar de Parrish!

El oriental, que por poco había escapado de ser devorado como Paula y Kovak,

respondió
sin
aliento:

—Parrish ha ido a la cueva y allí está la bomba, a punto de e stallar. Nosotros tenemos que huir.

—¿Piensa que pilotemos la nave solos? —inquirió Slamery, preocupado.

—Si no lo hacemos, estamos perdidos. Si nos capturan ' los del Comité Mundial del Espacio, nos darán pena de muerte, en cambio, si escapamos, aunque sea por nuestros propios medios y arriesgándonos, obtendremos la completa salvación. La bomba estallará y Marte se desintegrará, sin que nadie pueda acusarnos de nada. He colocado el reloj de disparo al mínimo, es decir, media hora, el tiempo justo para llegar a la nave y salir de aquí por el espacio.

—Entonces, nos queda poco tiempo. —Así es, Slamery.

—Pues, ¿a qué espera? Sáqueme las ligaduras. He visto cómo Parrish ponía los motores en marcha, sólo tenemos que hacer lo mismo.

—Exacto, Slamery. Pondremos los motores en marcha, alcanzaremos la órbita marciana y después, sólo hay que programar en la computadora de a bordo el rumbo que deseemos. Me lo explicó Federov, en esta misma nave. Yo sé dónde guarda las tarjetas perforadas de rumbo.

Lung desató a Slamery con rapidez, y éste se situó frente al control de mando, mientras el oriental se apresuraba a abrir un archivo y a buscar en él.

—Aquí está —exclamó nervioso, todavía jadeante, sin recuperarse totalmente del esfuerzo realizado con anterioridad. En su mano movió una tarjeta metálica y magnética. Tenía perforaciones que la hacían distinta a las otras, y en ella podía leerse: «Control automático, rumbo Marte—Tierra». —Magnífico, Lung. Sólo hay que

ponerla en la computadora y escaparemos de lo que pronto será un infierno. —Sí, pero apresúrate en poner en marcha el cohete. Slamery pulsó el botón rojo de ignición y el cohete comenzó a despedir calor por su base. A medida que aceleraba, se movía.

—¿No hay que hacer nada más? —preguntó Lung.

De pronto, el cohete, mal gobernado, se tambaleó. Lung, falto de fuerzas, perdió el equilibrio. Quiso agarrarse a algo y su mano aplastó varios botones del cuadro de mandos.

La nave brincó de costado y, perdiendo el equilibrio, se vino abajo cuan larga era. Estalló; creando un infierno a su alrededor.

El suelo de Marte tembló. La destrucción de la nave fue total; una explosión dantesca que desmoronó incluso los grandes peñascos que la rodeaban. Lung y Slamery hallaron su propio infierno antes de desintegrarse.

Ian Parrish, que se había descolgado por la soga hasta sentarse sobre la propia caja metálica que contenía la bomba de potencia jamás igualada, mediante la utilización de starnio, se agarró fuerte al comenzar a oscilar.

Los profesores palidecieron y Raquel Garson sintió un miedo cerval, terrorífico. La gruta tembló y algunas piedras se desprendieron. Semejaba que el techo fuera a desmoronarse, sepultándolos para siempre en las entrañas de Marte.

El rumor del seísmo cedió y de nuevo, la quietud. Nadie había pronun ciado una sola palabra en la cueva. A1 fin, Parrish, observó irónico:

—A1 parecer no ha sido la bomba lo que ha estallado. —¿Qué habrá sido? — preguntó Raquel.

—¿Habrá caído un meteoro en Marte? —inquirió Gelaud. —Lo ignoro —comentó Parrish desde su difícil situación—, pero bien podría ser la nave «Zeta 2T».

—¿Se habrán marchado? —preguntó Raquel.

—Cuando salgamos de aquí, si es que conseguimos salir, lo sabremos —dijo Parrish.

Había desmontado la tapa que cerraba el automático y cuando vio el reloj por primera vez, sintió el hormigueo del peligro en todo su ser. La aguja ya señalaba la zona roja, sólo les quedaban seis minutos.

Estuvo a punto de decirlo, pero al mirar a Raquel, quieta, hermosa, enfundada en el ceñido traje que realzaba su cuerpo atrayente, pensó que era mejor no provocarle más ansiedad. Otro tanto pensó respecto a los profesores, que seguían cada uno de sus movimientos.

CAPITULO XII

Había varios cables conectados. La bomba era complicada Parrish Parrish no estaba seguro de que no estallara al quitar cualquiera de los cables, mas tema que exponerse. y sacarlos. ¿Qué importaba morir seis minutos antes o seis después?

Todos le observaban, tensos. Parrish comenzó a sudar, suspendido sobre la

sima, que se hundía en el globo marciano. ¿A qué profundidad terminaría aquel pozo. No lo sabía, ni estaba interesado en averiguarlo.

Desconectar el automático sin herramientas apropiadas, estaba resultando difícil. Parrish optó por sacar la pistola láser y utilizarla como cortador.

Instintivamente, los profesores, dieron un paso atrás. Raquel quedó inmóvil junto al borde de la sima. Con voz ronca, preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo puedo cortar el automático de cuajo o esto estallará. En esta bomba han utilizado un procedimiento muy complicado, no entiendo cómo no ha estallado aún.

Apuntó hacia el interior del automático dispuesto a cortarlo con el rayo láser. De esta forma lo desconectaría de la poderosa bomba, que tenía como misión desintegrar el planeta.

Del interior de la bomba brotó humo. Ian apartó la pistola y, al hacerlo, el rayo láser cercenó en el acto la soga sintética que sostenía la bomba sobre la sima. Raquel chilló de terror y angustia.

La bomba se hundió en las profundidades, mientras Parrish, en una reacción instintiva, soltaba la pistola para asirse con las dos manos al pedazo de cuerda que pendía de la viga de acero que cruzaba el pozo. Allí quedó, colgado sobre el centro del agujero de aquel pozo de unos tres metros de diámetro.

Los dos profesores quedaron como petrificados. Era como si ya no tuvieran sangre en las venas. Todos esperaban, de un instante a otro, la gran explosión, la

desintegración de Marte, la aniquilación de sus vidas. ¿Cuándo estallaría la bomba de starnio?

Los segundos de espera resultaron eternos.

A1 fin, se escuchó un estruendo, que llegó claro hasta ellos por el agujero de la sima, como si se tratara de un tubo acústico. Después, el silencio.

—La bomba ya no explotará jamás —anunció Parrish, satisfecho—. Ha quedado destruida.

—Hay que ayudarle —dijo Williarson. —Cuidado, Ian, no vayas a caerte ahora. —No me interesa caerme.

Jugándose la vida en todo momento, trepó por la cuerda hasta cogerse a la viga. Se izó a pulso y elevó sus piernas, cogiéndose con ellas a ambos lados de la viga. De esta forma, se deslizó hasta el borde de la sima, donde todos tendie — ron sus manos para ayudarle a escapar de morir despeñado.

—Por lo menos, hemos destruido los planes de Lung —dijo Ian, contento.

Raquel se le abrazó y Parrish comprendió que, de no ha ber un casco de supervivencia entre ambos, lo habría besado desesperadamente.

—Bien, eliminado el peligro de la desintegración de Marte, que es lo más importante, ¿qué haremos ahora? —preguntó Williarson.

—Salir de la gruta.

—Tenemos que regresar a la nave y contar a los controles de Fobos y Deimos lo sucedido —dijo Raquel.

—Sí, eso será lo mejor. Lung no puede escapar sin su castiga.

—Pero, ¿cómo vamos a salir si fuera están esos monstruos y carecemos de armas capaces de aniquilarlos?

—Creo que he descubierto un arma —anunció Parrish. —

¿Cuál? —inquirieron los profesores, al unísono.

—El starnio. Esas piedras que tanto abundan en la cueva. —

¿Estás seguro de que el starnio servirá?

—Es nuestra única posibilidad. No vamos a quedarnos eternamente en la gruta,

¿verdad? Hay que salir y llegar a la nave y el starnio nos puede servir.

——¿Cómo sabe que el starnio perjudica a las macrocélulas?

—inquirió el francés

Gelaud.

—Esas células han devorado a varios hombres y sólo una de ellas ha muerto al digerir a un hombre.

—¿Que una célula ha muerto? — —En realidad han muerto dos, una carbonizada par los motores de la «Zeta 2T», y la otra porque no ha logrado asimilar a Therence. El no tenía por qué ser distinto orgáni camente a Giang o a Federov.

—Es cierto —admitieron los científicos. Parrish prosiguió:

—Therence portaba en su mochila algo que no llevaban Giang ni Federov.

—¿Starnio?

—Exacto —asintió a lo dicho por Raquel—. Seguramente, esas amebas se envenenan con el starnio.

—¿Nos sugiere que llevemos starnio en los bolsillos y cuan do nos topemos con ellas se lo arrojemos como si fueran guijarros?

——Sí. Parece simple, pero creo que surtirá efecto, Pasaron a la sala de entrada de la cueva. Recogieron algunas piedras de starnio puro y, con ellas en los bolsillos, se dispusieron a salir.

Por el camino hallaron el cuerpo de Therence. Ian pidió a la muchacha:

—No mires, será mejor.

—Es asombroso, señor Parrish. Todo esto debería estu diarse con atención.

—No creo que deseen quedarse aquí para investigar más a fondo.

—Por supuesto que no —repuso Williarson—, pero ardo en deseos de llegar a la Tierra y, junto con el profesor Gelaud, dar la gran noticia al mundo de que existe vida en

+ Marte. Causará sensación y más tarde, podremos volver aquí, ya más preparados, con el fin de capturar viva a una de esas amebas. Ahora, no habría forma de conseguirlo. Corremos demasiado peligro y lo único que interesa es alejarnos del planeta.

—Es cierto. Hay que comunicar lo ocurrido al Comité Mundial del Espacio, para que tomen medidas más severas de control y, por supuesto, denunciar la conducta del tenien

te coronel Percyval de base Ciudad Lunar, que se dejó sobor nar por Lung.

—Todo se arreglará, si podemos salir de aquí —dijo Parrish—. Ahora vigilen en todas direcciones. Esas bestias pueden salir de

cualquier parte y devorarnos.

—Huelo a quemado —opinó Raquel Garson. —
Miren, de entre aquellas rocas sale humo.

—Allí es donde estaba la «Zeta 2T» —dijo Parrish.
Caminaron hacia la nave de
Federov y se detuvieron al verla totalmente destruida.

——Creo que Lung y sus secuaces han purgado sus culpas.
—Dios mío, qué horror —musitó la teniente.

Parrish la cogió por los hombros, dándole fuerzas para continuar.

—Ahora, en Marte, sólo estamos nosotros y esas bestias. — Pues, démonos prisa, antes de que nos atrapen. ¿Cuántas cree que deben de quedar?

Parrish suspiró.

—Si no ha muerto ninguna con la destrucción de la «Zeta 2T», quedan dos. Démonos prisa, a ver si logramos arribar a la «Crow 01».

Gelaud miró en derredor y dijo con sinceridad:

—La verdad es que estoy totalmente desorientado. Creo que no sabría regresar a nuestra nave.

—Vayamos hacia el casquete polar. Desde allí, siguiendo la orilla, encontraremos la nave —indicó Parrish.

Cruzando un arenal primero y unos peñascos después, lle garon a los hielos del casquete polar. Avanzaron junto a su borde. De repente, la muchacha extendió su índice.

—¡Allí, allí! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó el profesor Williarson, mirando con fijeza.

—Me ha parecido ver algo que se movía. —Yo no veo nada. ¿Y
usted, Gelaud? —Yo tampoco.

—Esas bestias sólo pueden verse en el momento en que se desplazan, pasando por lugares de contraste —dijo Parrish. Raquel insistió:

—Estoy segura de que he visto algo allí.

—Mantén tu mirada fija. Probaremos suerte. —¿Cómo? —
preguntó

Williarson.

—Se trata de jugar un poco a tirar piedras.

Parrish tomó varios trozos de starnio y lanzó el primero hacia el lugar señalado por la joven. La piedra golpeó en el hielo y rodó sobre la blancura inmaculada del casquete polar marciano.

—Al parecer no ha habido suerte —dijo Parrish.

Insistió con las tiradas hasta que, de pronto, a la tercera, todos exclamaron:

—¡Ha desaparecido!

—No ha desaparecido —denegó Parrish—. Es que ha caído sobre una de esas bestias y, cuando algo queda sobre ellas, desaparece en su gelatina. Le tiraré más starnio.

—Esperemos que su teoría resulte cierta, señor Parrish. No tenemos más armas que estas piedras de mineral.

Tres pedazos más desaparecieron en el supuesto cuerpo de la ameba. Esperaron. Nada parecía ocurrir, hasta que de pronto, Parrish indicó:

—Fíjense, se está coloreando en marrón verdoso.

El cuerpo de la bestia quedó visible, al tratar de asimilar el starnio que le resultaba funesto.

—Ya sólo queda una —dijo Parrish—. Sigamos adelante. Si tenemos suerte, pronto llegaremos a la nave.

—¡Ian, Ian! —gritó Raquel de súbito.

La mano femenina se aferró al brazo del hombre. Este tiró con fuerza, cuando la pierna de Raquel comenzaba a desaparecer en el cuerpo viscoso que, en su mimetismo, se había hecho invisible en las arenas.

—¡Vamos, arrojen el starnio! —gritó Ian, tirando de Raquel.

Los tentáculos de la ameba tiraban a su vez de las piernas de la muchacha, para introducirla totalmente en su cuerpo y devorarla.

Los profesores vaciaron materialmente sus bolsillos de starnio dentro de la masa de la ameba, mientras Ian impedía que Raquel fuera engullida. La joven se agarraba con ambas manos al cuello del hombre.

La lucha fue tenaz, desesperada.

El propio Ian notó que sus piernas eran envueltas por tentáculos que tiraban de él con fuerza inusitada.

Cuando la pelea se hacía más intensa, cuando el tejido del

pantalón de Raquel comenzaba a notar el efecto de la acidez de la monocélula, que pretendía asimilarla como alimento, la alimaña comenzó a debilitarse y a tomar el color verdea— I marronado que ya tenían las otras, muertas por envenenamienta de starnio.

—¡Ian, Ian, qué miedo he pasado!

Parrish la abrazó una vez más.

Williarson, escrutando la monstruosa parienta de la ameba terrestre, comentó:

—Cuando lo contemos en la Tierra, y sin filmaciones, no van a creerlo.

—Sí lo creerán, si traemos aquí una expedición con una docena más de colegas nuestros. Podemos pedir al Comité Mundial del Espacio una nave bien pertrechada y, por supuesto, que tenga como piloto al hombre que ha salvado a Marte de la desintegración total. Ian Parrish puede ser el comandante de la nave de investigación zoológica del espacio, pues quedan todavía muchos planetas por descubrir.

—No estaría nada mal, es un empleo que me agrada. Por lo menos, peleando con estas fieras y las que puedan haber en otros planetas, no se me anquilosarán los músculos. Sólo tendría que vender la «Crow 01» a un buen precio y quedar al servicio de la investigación del Comité del Espacio.

—Bien, Ian, yo apoyaré esta petición con mi informe —dijo Raquel——. La humanidad entera ha de quedarte agradecida.

Parrish se despojó del casco y luego quitó el suyo a Raquel, al tiempo que decía:

—Por un minuto no vamos a envenenarnos.

Ian y Raquel se besaron en el polo marciano, junto a la monocélula muerta, mientras los profesores Williarson y GeIaud decían:

——Será fantástico cuando lo contemos.

FIN